

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 31.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO :

Fortificaciones de Constantinopla; grabado. — Poetas españoles contemporáneos; D. Tomás Rodríguez Rubi. — Historia de la semana. — La fábrica de armas de Toledo; grabados. — Un rapto en 1805. — Ejecución militar á bordo de un buque en la rada de Portsmouth. — La Moldavia y la Valaquia; grabados. — Estudios de mujeres. — Resuntos de crónicas de los Aztecas. — Pensamientos. — Laconi. — Isla de Cerdeña; grabado. — Pesca en las costas del canal de la Mancha; grabados. — El puente de arena. — Máxima. — Descubrimiento de las tumbas del Apis en Saccara, en el Egipto. — Revista de la moda. — El simun; grabado.

## Fortificaciones de Constantinopla.

Constantinopla se halla defendida por un buen sistema de fortificaciones que pueden habilitarse en breve tiempo. Estos trabajos que en gran parte datan de la dominación griega, después de haber desahogado las agre-

siones sucesivas de los sarracenos, de los cruzados y de los turcos, han resistido enérgicamente al tiempo. Los muros de Constantinopla recuerdan las vicisitudes por que esta ciudad ha pasado desde los primeros siglos de su fundación.

En 672, bajo Constantino III, Constantinopla fué sitiada por los musulmanes que la tuvieron bloqueada durante cinco meses, viéndose obligados á levantar el sitio. Siete años después volvieron á presentarse, y durante esta guerra fué cuando Callinico, natural de Siria encontró el secreto del fuego griego de que se valieron para quemar los navios de los infieles.

Bajo Leon III, los pueblos de Cyclades y de la Grecia se sublevaron contra el emperador y llegaron á las puertas de Constantinopla con una numerosa flota, pero fueron derrotados ellos y sus buques abrasados por medio de dicho secreto.

En 822, Tomás, soldado de fortuna que habia llegado á un grado superior en el ejército, se hizo proclamar emperador, y fué á sitiar á Constantinopla, siendo derrotado por mar y por tierra.

Hasta principios del siglo trece, Constantinopla disputada constantemente por los emperadores que se hacian aclamar en el ejército, fué muchas veces to-

mada y perdida, pero siempre por efecto de planes revolucionarios.

En 1203, Alexis III fué sitiado en Constantinopla por los cruzados, que se apoderaron de la plaza. Al año siguiente los franceses y los venecianos que habian hecho un tratado para dividirse la conquista, atacaron la ciudad y la tomaron por asalto.

La dominación francesa en Constantinopla duró 57 años. En el tiempo de esta ocupación, los emperadores griegos despojados, tentaron diferentes veces recobrar su antigua capital. Juan Vatac que habia sucedido á Teodosio Lascaris sitió muchas veces á Constantinopla, pero inútilmente.

Hacia 1391, Bajaset invistió á esta ciudad, pero no pudo tomarla, y se dirigió á hacer la guerra á Hungría. Reapareció en 1397 bajo los muros de Constantinopla, y probablemente la hubiera rendido esta vez sin el temor que le hizo ver su gran visir sobre las probabilidades de una nueva cruzada. Volvió tercera vez, pero tambien abandonó su empresa cediendo el campo á Tamerlan.

En 1423, el sultan Amurato II, irritado contra Manuel Paleólogo por haber este prohiado la causa de Mustafá, su tío, que le disputaba el imperio, sitió á Constanti-



Vista de las fortificaciones en la puerta de Oro en Constantinopla.

nopla con un ejército de 200,000 hombres. El cañon no se había oído hasta entonces en Oriente, pues Amurato fué el primero que hacia uso de esta arma en aquella ocasion. El ejército musulman tuvo que levantar el sitio á pesar de sus ventajas.

En 1443, Constantino, hermano de Juan Paleólogo se había apoderado de los dominios de Demetrio su hermano. Este, viendo que el emperador sordo á sus ruegos no le daba ninguna satisfaccion, se dirigió al sultan Amurato que le facilitó tropas, con las cuales sitió á Constantinopla, pero despues de una tentativa atrevida se vió precisado á levantar el sitio.

En 1453, Mahomet II, sucesor de Amurato, hallando ocasion de romper la alianza con Constantino, marchó hácia Constantinopla á la cabeza de 300,000 hombres y 400 buques. La ciudad fué tomada al cabo de cincuenta y ocho dias de ataque; destruyóse el imperio griego, y la dominacion otomana echó raíces en Europa.

La parte mas pintoresca de las fortificaciones es la que se extiende desde el cementerio de Eyube á lo largo del camino que conduce á Bulucea ó iglesia de los Pescados. En esta direccion, las murallas que se han conservado de un modo admirable, son muy altas y en una extension considerable; apénas presentan una rendija, porque ofreciendo este lado de la ciudad ménos facilidad que otros para un ataque, la necesidad de la defensa no ha alterado la solidez de la construccion. Dos torres octogonas flanquean la parte mas fuerte de la muralla que se extiende desde este punto hasta las siete torres.

Esta parte de las fortificaciones que guardan la ciudad desde el Este al Norte, es decir, en la parte de tierra, tiene cinco puertas, aunque una de ellas llamada la puerta de Oro, delante de la cual hay un cementerio, está tapiada; y por esta puerta precisamente solian hacer los emperadores griegos su entrada triunfal en Constantinopla.

Esta ciudad está además protegida por una línea de colinas que se extienden en semicírculo, desde las orillas del Mármara hasta el arrabal de Eyuba. En fin, la cadena de los Balkanos presenta á las invasiones, en los límites del imperio, una barrera natural, cortada solo en dos puntos, de los cuales el uno condujo á Selim. No es posible recordar las enormes dificultades con que el ejército ruso, mandado por el general Diebitsch, tropezó para vencer este obstáculo en la guerra de 1827.

P. B.

### Poetas españoles contemporáneos.

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ

Artículo segundo.

Uno de los medios que el señor Rubí puso en juego para hacerse aplaudir en el teatro, fué el de tocar, como Zorrilla, la tecla del nacionalismo, y al efecto hizo intervenir en sus producciones personajes extranjeros, que siempre trataba de hacer antipáticos al público, y así cada vez que uno de estos personajes sufría una leccion, ó por mejor decir, un insulto, el aplauso era consiguiente; porque en esto el pueblo español es como todos los demás pueblos. En Francia no hay chiste mas agudo, aunque no sea chiste, que el que tiende á ridiculizar á los ingleses, y en Inglaterra toman la revancha. Del mismo modo cuando nuestro público aprendia por las lecciones del señor Rubí, que una persona en el mero hecho de no haber nacido en España carece de vergüenza, de sentido comun y de valor, lo que no solamente es injusto, sino pueril, aplaudia con entusiasmo sin reparar en la falsedad de la idea ni en la inverosimilitud de la forma. Solo los hombres de buen criterio reprobaban tan pobres arranques de un mal entendido patriotismo; se lamentaban de que un autor apelase á tan miserables recursos para hacerse aplaudir; veian que el diálogo era inverosímil, porque tomando parte en él personas de alto rango, no se observaba el decoro á que nunca faltan dichas personas, aunque traten por otro lado de descuartizarse, y se compadecian de que la mayor parte de las alusiones políticas estuviesen, como suele decirse, traídas por los cabellos; pero el público inteligente, lo mismo en España que en todas partes, representa siempre una centésima parte de la masa general, y el murmullo de reprobacion de un sabio no podia hacerse oír entre las noventa y nueve palmadas de los ignorantes.

Por fin un dia circuló la noticia de que el señor Rubí había hecho una obra que debía merecer los aplausos de todo el mundo, pues todos los que la habían leído quedaron electrizados al ver las dotes hasta entonces desconocidas que había desplegado el autor. Esta obra se titulaba *Isabel la Católica*, y era tan recomendable en todos conceptos, segun decian los periódicos, que había sido leída primero en casa del conde de San Luis, ministro de la gubernacion, despues en palacio, y el autor había merecido por ella ser condecorado con la cruz de Isabel la Católica. En efecto, representóse dicha comedia, que obtuvo del público la favorable acogida con que había sido premiada en las altas regiones, y ¿creerán ustedes, á pesar de todo lo dicho, que *Isabel la Católica* era la creacion de un hombre de genio? Así lo creyeron algunos, hasta que yo, en union de otro literato amigo

mio, hice ver lo contrario, y todo el mundo convino por fin en que realmente la obra era detestable. Copiaré aquí algunos trozos de la carta impresa que mi amigo D. Antonio Ribot y yo dirigimos al señor conde de San Luis, vizconde de Priego, con motivo de la proteccion que este había dispensado á la última produccion del señor Rubí. Demostrabamos en esta carta que el drama *Isabel la Católica* carecia de plan y de caracteres, de interés y de situaciones; en una palabra, que no tenia en el fondo ninguna dote recomendable, y respecto del mérito literario deciamos lo siguiente:

« Hemos leído *Isabel la Católica*, y hemos dicho: ¿qué se ha propuesto el señor Rubí en su última produccion? ¿hacer buenos versos? No ha tenido la dicha de conseguirlo. ¿Ha querido hacer malos versos? . . . Trabajo superfluo, esfuerzo inútil, porque en esta parte la reputacion del señor Rubí está muy bien sentada. Bajo este concepto *Isabel la Católica* no nos ha enseñado nada nuevo, y hemos leído sin asombro estas lindezas de que está plagado el drama:

Beatriz nos contará alguna conseja.

Encerrada estará en las atalayas.

Sus tropas llegan ya á Fuenterrabia

¿Dónde tu esposo está?

— En las galerías.

Y el morrion sin plumaje.

¿Qué se sabe, Daniel?

Con los míos iré y mis penas graves.

Escrito estaba... Alá así lo ha querido.

Del grande Océano la extension corria.

Seguí mi rumbo por el grande Océano.

A vuestra alta prevision; á tan profundo...

Este último, como puede comprender cualquiera, no es verso bueno ni malo, y nos parece mentira que el señor Rubí le haya dado pasaporte para atravesar las fronteras de la imprenta. Sin embargo, por mas que nos parezca mentira, el señor Rubí cree que es verso, y le ha dejado correr, puesto que no corrige la falta en la segunda edicion. No insistiremos en el trabajo de citar malos versos, porque emplearíamos demasiado lugar y tiempo.... Lo que nos desagrada en *Isabel la Católica*, no es la mala construccion de algunos versos, porque este es defecto de que adolecen muchos poetas, aunque no con tanta frecuencia y prodigalidad como el señor Rubí: criticamos la versificacion de *Isabel la Católica*, y criticamos en general la versificacion de todas las obras del señor Rubí por el constante prosaismo que la caracteriza, por el chaparron de ripios que la inunda, por sus faltas, en fin, de propiedad y de buen gusto. Para convencer á cualquiera de que, en efecto, la versificacion de *Isabel* es prosáica, basta abrir el drama por cualquiera parte y copiar escenas enteras. Véase sino como se explica Gonzalo de Córdoba, cuando la reina le dice que no se quite la visera, si se lo impide algun voto.

GONZALO.

Un voto me lo impedia  
Antes del premio ganar;  
Pero habiéndolo alcanzado  
Nada hay quo lo impida ya.

Véase cómo el mismo Gonzalo contesta á su prima Beatriz cuando esta le dice que se ande con tiento, porque en la córte se repara en todo:

Al que mal de mi pensare  
Y de repararme audaz,  
Pondré del revés la faz  
Para que mas no repare.

Véase cómo el susodicho Gonzalo manifiesta que todos los hombres que hay en Segovia deben salir á la campaña:

Hierro al hierro... pareceres  
Son estos los mas seguros,  
Y quédense aquí los muros  
Para guardar las mujeres.

Y aquí harémos una ligera pausa para preguntar al anfibológico autor que es lo que ha querido decir; porque nosotros no sabemos si se habían de quedar allí los muros para guardar á las mujeres, ó las mujeres para guardar los muros.

Véase cómo el mencionado Gonzalo responde al cardenal, que tuvo la humorada de llamar pajes á los soldados cordoveses:

¿Pajes, señor cardenal,  
A mis águilas llamais?

Por Dios que los insultais  
O los habeis visto mal.

Y debemos tambien detenernos un poco en este punto, aunque no sea mas que para hacernos esta reflexion: ¿Cómo el mismo señor Rubí no siente lastimado su nervio acústico con la monotonía de esa sempiterna asonancia? y sobre todo, ¿cómo ignora el señor Rubí una regla de buen gusto, que cualquiera que se dedica á rimar palabras aprende, y que ya que no la haya aprendido debería haberla adivinado?

Véase cómo Colon satisface á esta pregunta que Gonzalo le hace:

GONZALO.

¿A dónde vais?

COLON.

¿Dónde? A Francia

Y despues de ella á Inglaterra:

¿Sí... toda la amarga copa

Del desaire apuraré!

Iré á las córtes, iré,

Que están al Norte de Europa.

Y harémos otro descanso para contestar al señor Breton de los Herreros que en la inimitable letrilla de su última comedia pregunta una porcion de veces: ¿Quién es ella? Nuestras dudas y las del señor Breton quedan disipadas con esta franca y categórica respuesta del señor Rubí: « Ella es Francia. » Preguntarémos de paso al señor Rubí para qué ha repetido ese *iré* del tercer verso de la redondilla, porque nosotros francamente no lo comprendemos, como no sea por el firme propósito que manifiesta haber hecho el autor de trincar el orden de las ideas con la mala sintaxis, y poner en circulacion el abundante caudal de ripios que atesora.

Véase cómo los mismos Colon y Gonzalo siguen explicándose:

GONZALO.

Por vida mia,

Quien aquí tanto sufrió

Y años sin cuento esperó,

Bien puede esperar un dia...

Un dia mas no os expone

A nada, y ¿quién sabe?...

COLON.

Sé...

GONZALO.

Si ese dia será el que

Vuestra esperanza corone.

Y mas adelante:

COLON.

¿Gonzalo!

GONZALO.

Dejadme hacer.

Yo juntaré á mis parientes

Y darán, que son pudientes,

Cuanto fuere menester.

Digásenos, á vista de lo que llevamos copiado, si en la versificacion de *Isabel la Católica* puede ser mas constante y estrecho el consorcio del prosaismo y la impropiiedad. Pero aun pudiera decirse que despues de haber rebuscado versos aislados, vamos rebuscando trozos de diálogo en que la incorreccion nos permita hincar el diente, dando á entender con esto que no podemos encontrar lunares sin recorrer á salto de pulga todas las partes del cuerpo. Para dar un tapa-bocas á los que tal digan, trasladarémos aquí un trozo de versificacion mas largo que los que hemos copiado, tomado de cualquier escena, porque eso nos es indiferente, y harémos ver que lo que ellos llaman lunares, no son lunares, sino una mancha que cubre las cuatro quintas partes de la superficie. Nosotros tenemos que leer y releer mucho los versos del señor Rubí para hallar algo que no sea digno de censura, ya que no merezca alabanza, y los que hagan lo contrario trabajarán tan inútilmente, como los que se empeñen en mostrar el color dominante de un pañuelo cuyas cenefas formando un laberinto abigarrado, reduzcan á su última expresion las dimensiones del fondo. Vamos á cumplir la promesa, y para ello elegiremos la escena tercera del cuarto cuadro; eleccion que para nadie debe ser sospechosa, porque las personas que hablan en ella son nada ménos que la Reina y Gonzalo; y vamos á hacernos cargo de los versos con que el señor Rubí, por boca de *Isabel la Católica*, ensalza las bellezas del campo de Granada, lo que tampoco debe ser sospechoso, en cuanto á lo primero, por ser una descripcion que no hace falta á la marcha de la accion, y por lo mismo revela pretensiones de poesia lírica; en cuanto á lo segundo, porque cuando el señor Rubí ha hecho la pintura de Granada, se supone que ha debido apurar los mejores colores de su paleta, y sobre todo por el personaje á quien hace intérprete de sus inspiraciones. La escena es como sigue:

REINA. — GONZALO.

GONZALO.

Señora, que os guarde el cielo.

REINA.  
Adios, capitán bizarro.

GONZALO.  
¿Qué mirais con tanto anhelo?

REINA.  
Ese tapizado suelo  
De las orillas del Darro.

Pasemos por alto el primer verso, á pesar de su trivialidad; pero permítasenos decir al señor Rubí que la contestación de *Isabel* mas es contestación de una manola que de una reina. Cualquiera que se hubiera propuesto presentar á *Isabel la Católica* como una mujer terne, es decir, de rompe y rasga, en fin, una reina bacanal, la habria caracterizado dignamente en la francota y jacaesca respuesta de: «Adios, capitán bizarro,» que equivale á decir: «Abur mozo cruo.» — ¿Qué mirais con tanto anhelo? continúa el capitán bizarro.

Pregunta singular, decimos nosotros, porque bien singular es que Gonzalo pregunte á la reina qué es lo que mira en el momento en que le está mirando á él. Lo que en este caso debia preguntar Gonzalo era ¿qué mirabais? y aun así tendríamos nosotros razon para replicar al señor Rubí: ¿Y qué derecho tenia Gonzalo para preguntar á la reina lo que miraba ó dejaba de mirar? Porque no lo dude el autor, la pregunta de Gonzalo es impropia en todos sentidos: impropia por superflua, pues mirase la reina lo que mirase, maldito lo que le importaba á Gonzalo; impropia además por desatenta, porque aunque nosotros no hemos estudiado la etiqueta cortesana, comprendemos lo inverosímil de esa llaneza con que un súbdito se atreve á interpelar á su reina. Así es que por mucho que nos sorprenda la pregunta, nos sorprende mas la respuesta; pues mas que cargada de razon estaba *Isabel la Católica* para responder, siguiendo el tono del diálogo con que habia empezado la escena: ¿Qué miro con tanto anhelo? — *Lo que me da la real gana.*

J. M. VILLER GAS.

(Se continuará.)

**Historia de la semana.**

Ya hemos dicho á nuestros lectores que Paris en el verano, huérfano de sus pobladores ordinarios que salen á viajar por esta época cuyos rigores son tan temidos por la gente de elevada alcurnia, se halla inundado de extranjeros, ó por mejor decir de ingleses. De este modo, la crónica parisiense se halla convertida en crónica británica, y por mas cierto que esta vez nada perderán nuestros lectores en el cambio.

Uno de los embellecimientos que se proyectan y realizan en Paris es la construcción de plazoletas uniformes de todas dimensiones, con un jardín en medio, á semejanza de los *squares* de Londres.

Ya en algunos barrios de la capital se ven plazas por este estilo, cuya verdura ofrece un agradable contraste con las severas líneas de los monumentos que las rodean. Pero parece ser que este sistema de jardines intercalados entre las casas presenta graves inconvenientes, como lo prueba el siguiente hecho acaecido en Londres.

Un rico inglés poseia un espléndido palacio en una de las mejores plazas de la metrópoli; era una habitación regia digna de un príncipe. Pero de repente, el afortunado dueño de esta morada se sintió acometido de esa pícara enfermedad inglesa, que se llama en español melancolía, sin que ninguno de los que vivían á su lado pudiese adivinar la causa. Lo cierto es que el misántropo se ponía pálido y delgado, apenas comía, y en cuanto al vino ni siquiera lo probaba.

Por fin, un día vendió de repente su magnífica habitación, á un precio muy bajo, y se fué á vivir á una callejuela situada en uno de los barrios mas feos y sombríos de Londres. Sin embargo, á poco tiempo de haber verificado su mudanza, el aburrido inglés principió á renacer á la existencia, y poco á poco fué recobrando su alegría y sus hábitos sociales, que habian quedado interrumpidos con aquel repentino ataque de tristeza.

El nuevo poseedor del palacio, sorprendido de aquel misterio, le suplicó con grandes instancias que le revelara la causa.

— No, le respondió siempre, no quiero exponer á Vd. á un peligro del que me he podido librar, gracias á mi precipitada fuga.

Nuestro hombre se hizo rogar durante mucho tiempo, pero al cabo, vencido por la perseverancia del otro en preguntarle siempre la misma cosa, consintió en descubrirle un día el fatal secreto, y para ello se fué en su compañía á su antigua morada. En cuanto entraron en la casa, el primer dueño llevó al segundo á un aposento cuya ventana daba á la plaza en cuestion, y dió principio al siguiente diálogo:

— ¿Ve Vd. ese árbol que está allí? le dijo señalándole un tilo de una edad y corpulencia respetables.

— Sí, respondió el otro, es un árbol magnífico.

— ¿Y no ve Vd. en él nada que le choque?

— Absolutamente nada.

— Entonces, ¿qué le parece á Vd. esa rama que llega casi hasta aquí, como un dedo imperioso que siempre nos está señalando?

— Confieso que nada de particular encuentro en esa rama.

— Pues bien, ha de saber Vd., que si yo hubiese permanecido aquí algunos dias mas, una mañana me habrian hallado colgado en esa rama que me atrae y obra sobre mí, como suele obrar el vacío en la organización del hombre.

Y dichas estas palabras con acento solemne y acompasado, el inglés se separó prontamente de la ventana, conmovido como un hombre que acaba de evocar un recuerdo penoso.

El otro no desplegó los labios, y nuestros dos ingleses se separaron en silencio; pero dos dias despues un agente de policía encontró por la mañana temprano al nuevo dueño de la casa ahorcado de la rama fatal, que la autoridad mandó cortar al punto por medida de prudencia.

El que concibió la idea primitiva de tan sorprendente suicidio se halla hoy en Paris, y al contar la historia que acabamos de referir á nuestros lectores, persiste en añadir, que su fuga de aquella casa aborrecida le salvó de la muerte como en una tabla.

Pero he aquí otra aventura ménos lúgubre, aunque no ménos excéntrica, que extractamos de un periódico donde se cuenta con largos pormenores.

Uno de los graciosos mas divertidos, y por consiguiente mas célebres de los teatros de Paris, recibió hace cosa de mes y medio la visita de un caballero, á quien habia visto repetidas veces en las lunetas.

Este caballero era un hombre de unos cuarenta años, de modales distinguidos, muy bien puesto y que hablaba el francés con un acento británico bastante pronunciado.

— ¿Parece que va Vd. á cesar de representar durante algun tiempo en su teatro? preguntó el desconocido al actor, despues de los saludos de costumbre, y tomando asiento.

— Sí, señor, respondió el actor; voy á disfrutar de mi licencia anual que principia hoy mismo.

— ¿Y cuánto tiempo dura esa licencia?

— Tres meses justos.

— ¿De modo que está Vd. en libertad para disponer de su persona por todo ese tiempo?

— Sí, señor; pero disimule Vd. que le pregunte yo á mi vez si viene á proponerme algun ajuste.

— A eso vengo.

— ¿Cómo! ¿Quizás es Vd. un agente del director de Londres?

El inglés se picó algun tanto con la suposición, y contestó diciendo:

— Antes de que sepa Vd. quien soy, y ántes de entrar en otros pormenores, necesito que me diga Vd. si puede ajustarse conmigo para todo el tiempo que dure su licencia. Deseo saber esto cuanto ántes, á fin de remover los obstáculos que pueda haber para el buen logro del asunto.

El actor trató de disimular lo mejor que pudo la satisfacción que le causaba aquel empeño y las buenas disposiciones pecuniarias que notaba el solicitante. Los ajustes para los meses de verano no abundan, y el actor en cuestion solo habia podido conseguir una contrata para quince representaciones en una capital de provincia.

— Desgraciadamente, contestó el artista, para todo el tiempo es imposible. Ya puede Vd. figurarse si me habrán hecho proposiciones, pero sin embargo, no he aceptado mas que una, pues tenia intenciones de descansar este año durante los calores. En una palabra, estoy ajustado por quince dias, y lo demás pensaba, como he dicho, consagrarlo al reposo, de modo que aunque me decida á trabajar todo el verano, habrá que descontar los quince dias, á ménos...

— ¿A ménos qué?...

— A ménos que se paguen los daños y perjuicios.

— ¿Qué ascienden?...

— A doscientos duros.

— Aquí están, dijo el inglés sacando de su cartera dos billetes de banco; ahora está Vd. libre, con que podemos celebrar nuestro convenio.

— Está corriente.

— ¿Cuánto suele Vd. ganar saliendo de Paris?

— De seiscientos á ochocientos duros mensuales ordinariamente.

— Pues vaya por los ochocientos.

— Despacio; creo haber dicho á Vd. que queria descansar este año.

— Es verdad, y por lo tanto será justo un aumento. Pondremos mil duros por mes, si le acomoda á V.

— ¡Mil duros! exclamó el actor radiante de alegría.

— Veo que estamos de acuerdo, de modo que este es asunto concluido.

— ¿Pero habla Vd. de veras?

— ¿Tengo por ventura aire de broma? repuso el inglés con acento solemne.

— No por cierto, pero sin embargo...

— Aquí traigo papel sellado, con que firmaremos el convenio. Vd. se compromete á ponerse á mi disposición estos tres meses, y yo debo pagar á Vd. la suma susodicha. El primer mes lo pago adelantado, desde ahora, y el resto lo deposito en casa de un escribano. Cuente Vd. su dinero, y déme Vd. un recibo.

— ¡Diablo! nunca he visto á un autor de compañía tan impaciente por orillar sus negocios.

— Así me lo parece.

— Supongo que vamos á correr países extranjeros.

— Puede ser muy bien.

— Y supongo asimismo que me dará Vd. unos buenos compañeros: ¿qué gente lleva Vd.?

— Tenga Vd. la bondad de ver si este papel que acabo de extender se halla en toda regla.

— No puede estar mejor; se conoce que es Vd. del oficio.

— Sin embargo, no haga Vd. la apuesta. He estipulado entre nosotros cuatro mil duros de daños y perjuicios para el que se retracte.

— Me obligo á ello.

Firmóse el papel por duplicado, y el inglés exclamó metiéndose el suyo en el bolsillo:

— Vamos á casa del escribano, porque dentro de una hora tenemos que estar fuera.

— Dentro de una hora es imposible. Tengo que arreglar mis trajes.

— Es inútil, puede Vd. dejarlos en su casa.

— ¿Y cómo he de representar sin ellos?

— Es que no va Vd. á representar, sépalo Vd. todo. Yo no soy un agente dramático, soy un noble muy rico, bárbaramente rico, pero que estoy aburrido hasta los tuétanos. Todo me cansa y me desagrada; solo Vd. me hace reir algunas veces, y eso en mi interior, pues jamás se mueven mis labios. Los médicos me han ordenado que vaya á los baños de Alemania, pero como eso habria acabado de matarme de fastidio, se me ha ocurrido la idea de ajustar á Vd. para que me acompañe y me divierta.

El artista al oír estas palabras se quedó estupefacto; su primera intención fué la de desgarrar el papelote por el cual se habia comprometido á hacer la voluntad de aquel ente estrambótico; pero el inglés le manifestó que el convenio estaba en toda regla, con todas las formalidades y requisitos propios del caso, y que si era preciso llevaria las cosas ante los tribunales para obligarle á pagar los cuatro mil duros de daños y perjuicios estipulados. De todos modos este pleito le serviria de distracción, con que así por nada en el mundo dejaria de entablarle.

El actor, pasado el primer momento, prefirió atenerse á lo dicho, porque al cabo y al fin la aventura no era nada pesada, sobre todo cuando se cruzaba en ella á su favor un sueldo tan bonito.

Tres dias despues de esta escena, el inglés y el artista llegaban á los baños minerales que habian ordenado los médicos al tético insular, baños que por cierto se hallaban situados en un lugarcillo de mala muerte, triste y poco frecuentado.

Durante el viaje, el actor habia dormido mucho, no habia desperdiciado las ocasiones de comer y beber, y habia hecho poquísimas reflexiones sobre los países que iban atravesando.

El inglés le miraba con extrañeza y asombro. La formalidad de aquel actor á quien habia visto gesticular y dar tantos brinco en las tablas, era para él incomprendible. Como poseia muy bien la lengua francesa, escuchaba con la mayor atención las palabras mas insignificantes de su compañero, y despues se perdía en cavilaciones buscando el doble sentido que, á su modo de ver, debia envolver cada frase que el cómico pronunciaba, pero cuando veía que la tal agudeza estaba ausente, se quedaba petrificado de sorpresa.

En la conversacion habia tocado todos los palillos que pueden imaginarse para buscar la lengua al célebre gracioso, pero todo en vano; el actor hablaba como los demás hombres, era un hombre razonable.

Por fin, una vez perdida la paciencia, el inglés interrumpió al actor en lo mejor de una disertación política sobre el paso de las tropas rusas á los principados del Danubio, y le dijo con acento colérico:

— ¿Sabe Vd. que en todo lo que va Vd. hablando se expresa Vd. como un hombre cualquiera?

— Y me lisonjeo de parecerme á todo el mundo, respondió el actor, picado á su vez con aquella salida.

— En nada de lo que Vd. ha dicho hasta aquí he hallado una palabra que me divierta, y francamente creo que falta Vd. á lo convenido.

El artista tomó el partido de echarse á reir, pues conoció que hasta cierto punto el inglés tenia derecho para mostrarse exigente. Así fué que hizo todo lo posible para amenizar la conversacion, para parecer gracioso é incisivo, pero en vano; el chiste no suele acudir cuando se le llama, y el mal éxito de sus esfuerzos, así como el humor endiablado del inglés, acabaron por ponerle hasta pesado.

— Vaya, veo que no es Vd. muy divertido, repuso el extravagante insular; á lo mejor se queda Vd. callado.

— ¿Y qué quiere Vd. que diga?

— Cosas graciosas.

— No las sé.

— Pues invéntelas Vd.

— ¡Ah! eso es para mí punto ménos que imposible.

— Pero al cabo y al fin debe Vd. divertirme, pues para eso le pago mil duros mensuales, nada mas que para eso, y hace ya una semana que estamos juntos, sin que hasta ahora me haya Vd. dicho una palabra que valga una peseta. Pues ha de saber Vd. que no quiero que nadie me engañe; ó me divierte Vd., ó venga mi dinero; si no está Vd. de vena, representeme Vd. una escena de su repertorio; vamos, vamos, yo soy el director, con que, á las tablas.

— No produciré efecto ninguno, repuso el actor, aquí á la luz del día y en un salon, pero todo lo haré por agradar á Vd.

El actor recitó algunos fragmentos de sus mejores papeles, pero el inglés no tardó en interrumpirle, diciéndole:

— ¡Basta, basta! prefiero que se calle Vd. ¡Dios mio! ¡en mi vida he visto un actor mas malo!

— Milor, le prevengo á Vd. que todo tiene sus límites, y que yo no me dejo insultar.

— ¿Seria Vd. capaz de pedirme una satisfacción?

— Pues ya lo creo.

— ¡Ah! eso es otra cosa; hable Vd., estoy dispuesto á todo.

La situación entre estos dos individuos se hacia mas crítica y peligrosa á cada instante. El inglés porfiaba porque el actor le divirtiera, puesto que le pagaba para ello, y este concluyó por enfadarse; hubo un altercado entre ambos, y el inglés que se vió maltratado por un cómico, á pesar de su orgullo británico, fué el primero que exigió una reparación por medio de las armas.

Felizmente los padrinos arreglaron el lance; la contrata del artista se anuló, y así dió fin esta aventura singular, que le costó al inglés los mil duros de la primera mensualidad, que el artista guardó á título de indemnización, y muchos ratos amargos, cuando habia creído divertirse y reirse como un loco.

El artista se halla ya en Paris divirtiendo á sus numerosos amigos con la narración de los incidentes de su viaje.

MARIANO URRABIETA.

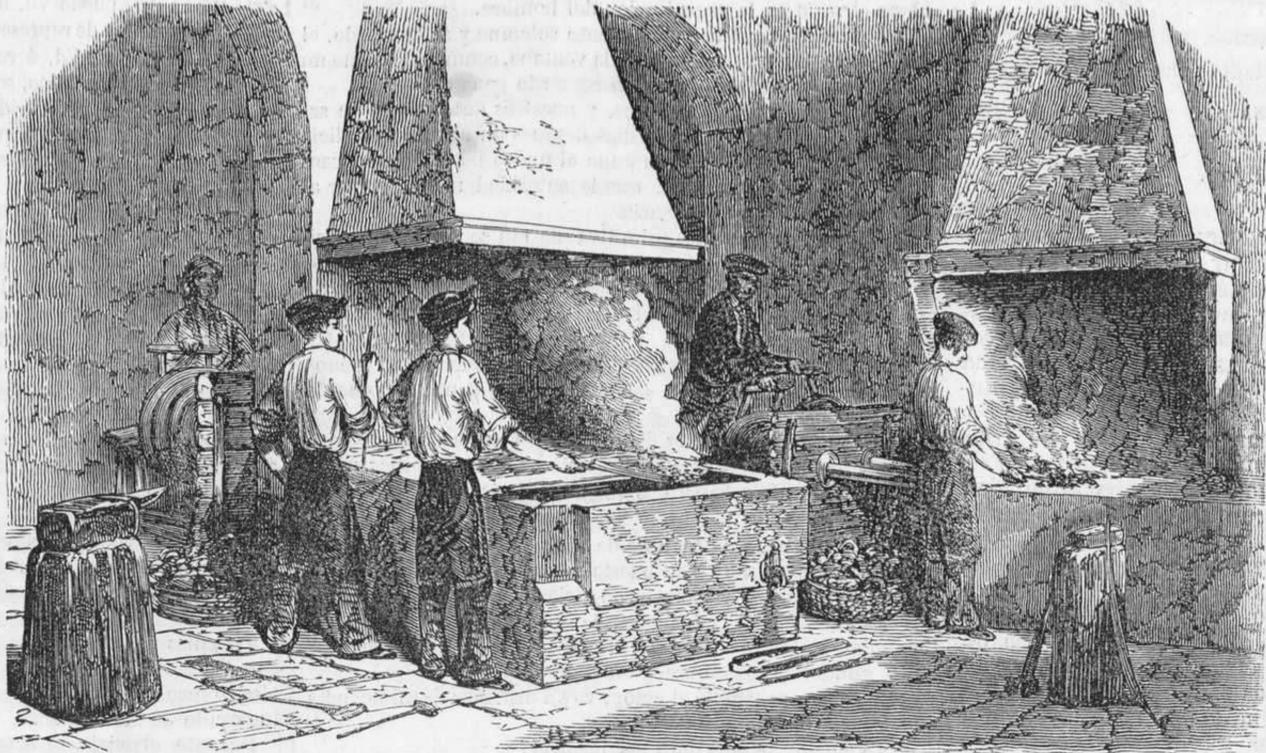
24 de julio de 1853.

## La fábrica de armas de Toledo.

M. A. Guesdon, residente en España, escribe lo que sigue:

Hace ya largo tiempo que estoy en España, y todavía no he escrito nada, porque he preferido mirar y dibujar luego lo que he visto. Sin embargo, puesto que estoy en Toledo, bueno será que comience por esta ciudad, cuyas dagas y espadas fueron y son en el día tan afamadas por su temple, que me parece interesante y curiosar aquí algunos pormenores sobre el modo de fabricarlas. Muy pronto iré á Sevilla, donde hay una hermosa fundición de cañones, sobre la que pienso también decir alguna cosa.

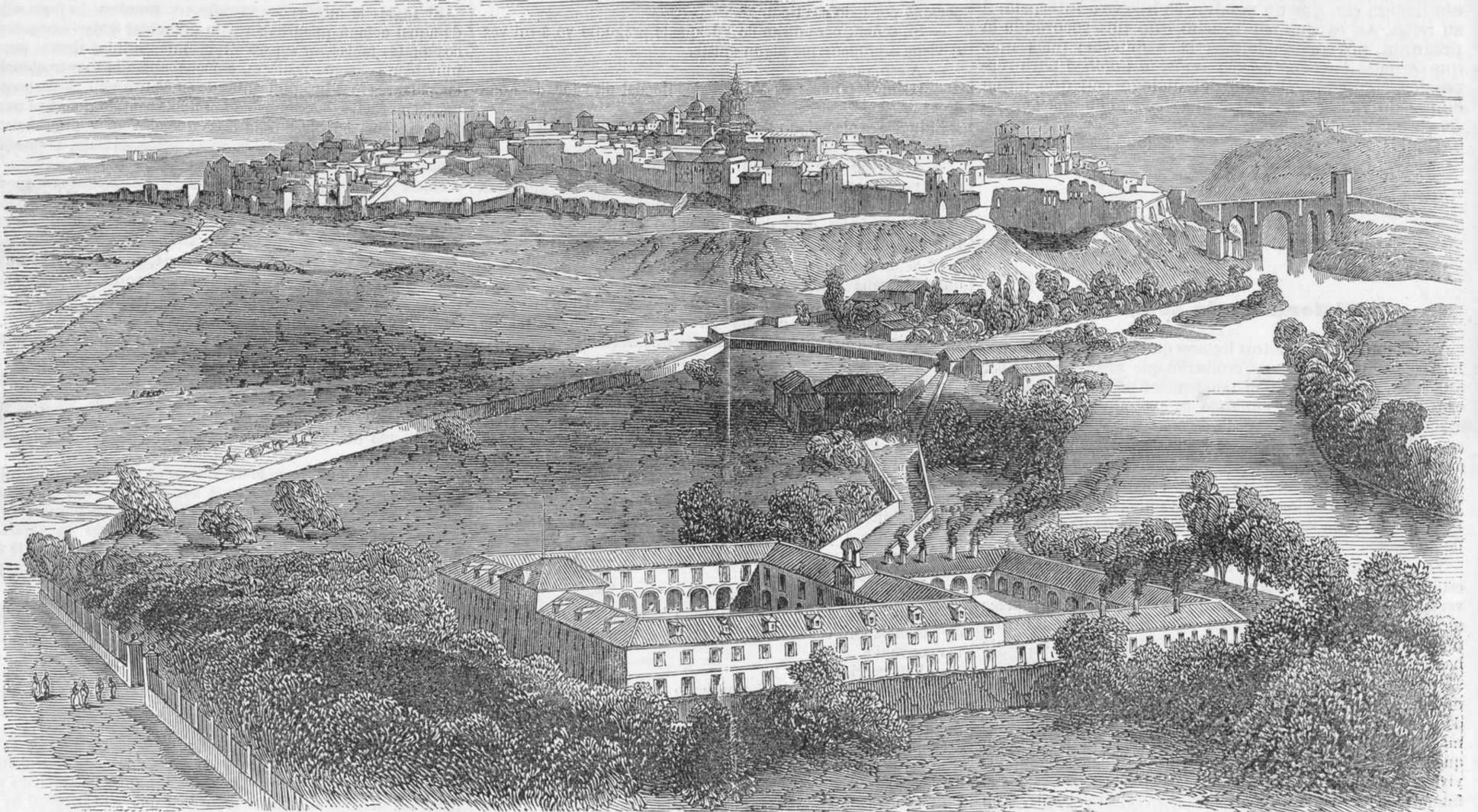
En todos tiempos, aun en los mas antiguos, hasta en los heróicos, dicen los toledanos, su ciudad tuvo mucho renombre por su fábrica de armas. Después de la expulsión



Fabricación de armas blancas en Toledo. — Taller de temple.

de los moros, era una gran cosa ser armero, y el gobierno concedió á esta clase sendos privilegios. Para ser armero, habia que pasar ántes por varias pruebas, se necesitaba ser maestro en el arte, y además habia que presentar títulos de una honradez y providad sin mancha. Con estos antecedentes, el ayuntamiento daba un diploma para ejercer la noble profesion de fabricante de armas.

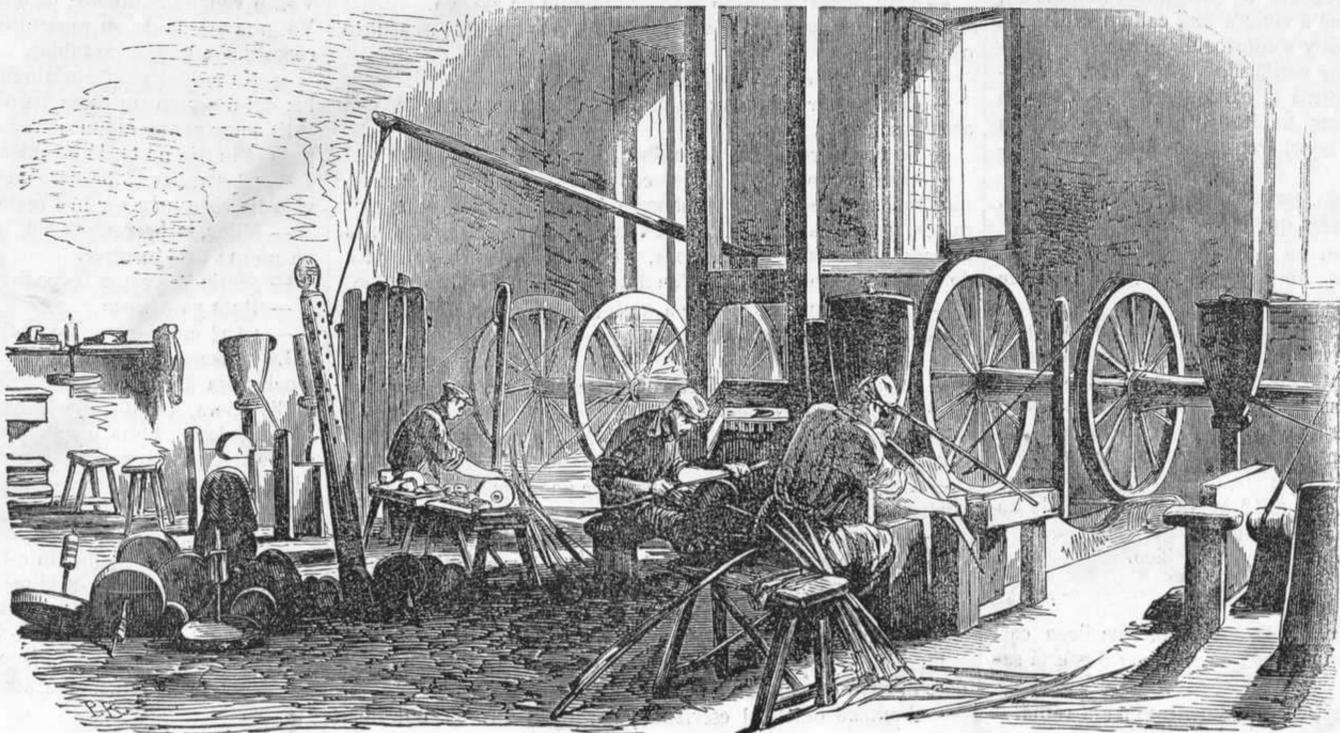
A contar desde la época cristiana, (porque no creo que se sepa el nombre de ningun armero nuevo, mas que el de aquel que fabricó la espada de Jason,) brillaron entre los mas famosos artistas de Toledo, Nicolás Mortuno, Juan Martínez, Anicnio Ruiz y Dionisio Corrientes. Estos célebres nombres inscritos sobre las antiguas hojas bien toma-



Vista general de Toledo y de la fábrica de armas blancas.

das, deslumbran y regocijan los ojos de los aficionados. En tiempo de estos armeros se fabricaban muchas y buenas espadas para el combate, pero cuando la pólvora vino á cambiar de repente el sistema de guerra, en vano se siguieron fabricando estas ricas hojas, pues su despacho hubo de limitarse extremadamente. La buena tradicion de aquel hermoso temple iba á perderse, cuando por los años de 1760, Carlos III resolvió poner bajo la tutela del gobierno la fabricacion del arma blanca.

A imitación de lo que se hacia anteriormente, mandó establecer aquel monarca en el interior de la ciudad una fábrica que



Taller de pulimento y bruñido de las armas.

se encuentra sobre una roca escarpada, á unos trescientos piés sobre el Tajo; pero al punto hubo de convencerse de que seria mejor trasladarla á orillas del rio, cuyas aguas, tan á propósito para el temple, podrian servir además para mover las ruedas de bruñir y pulimentar, operaciones que hasta entonces se hacian á fuerza de brazo. Bajo este concepto, hizo construir á un cuarto de legua de la ciudad en la hermosa y vasta llanura que se extiende á sus piés mirando al Norte, y en la orilla del rio, un edificio consagrado únicamente á aquellos fines. Adjunto hallará el lector un diseño á vista de pájaro de esta fábrica, con la ciudad

de Toledo en el último término.

En este edificio hay talleres para todo lo concerniente al arma blanca, hoja, puño, vaina, etc., pero no hablaré aquí sino de la fabricación de las hojas, pues es la única parte interesante.

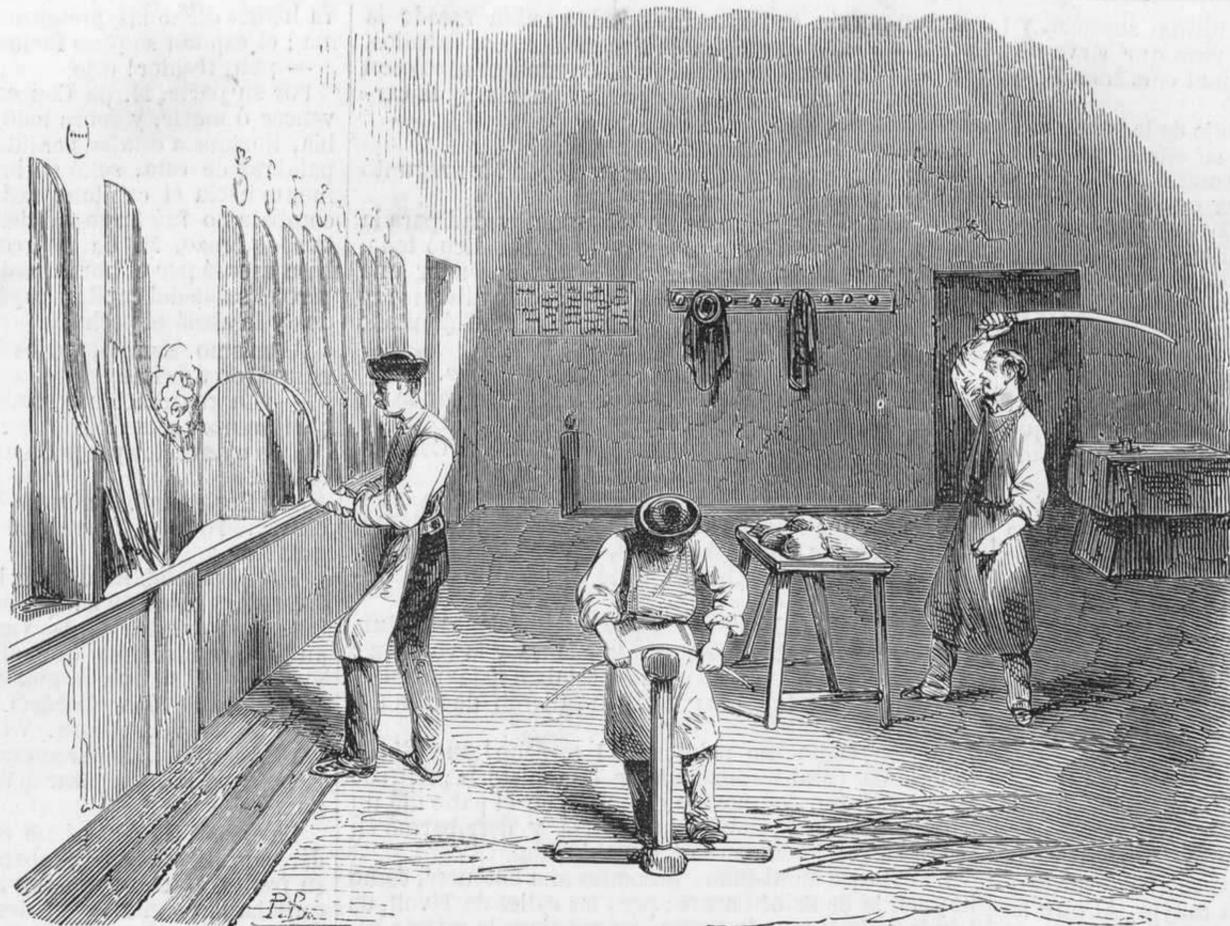
Los herreros (hay diez y ocho fraguas con dos hornos cada una) toman dos trozos de barra de acero, de tres ó cuatro pulgadas de largos, según la longitud del arma que van á fabricar; y entre estos dos trozos echan un pedazo de hierro de iguales dimensiones, procedente de herraduras viejas. Este hierro viejo es suave y maleable hasta el extremo, acaso por el inmenso número de choques que recibió cuando estuvo en las patas del caballo, ó quizás por el modo con que se forjan las herraduras, que es á fuerza de martillazos á frío sobre el yunque, después que salen del horno con una forma grosera.

Los herreros colocan, pues, los pedazos de acero y de hierro como he dicho, y con un martillo baten y alargan en caliente esta mezcla, dándola aproximativamente la forma que la hoja debe tener. No emplean para calentar ni carbon de piedra que es muy violento, ni aun el de leña ordinario, sino cisco de retama ó de brezo.

Después de forjadas como digo, las hojas pasan á los talleres donde las dan el temple. (Hay dos talleres de estos con dos hornos y dos recipientes llenos de agua; envío el dibujo de uno de ellos.) El mismo carbon que sirve para forjar, se emplea también para enrojecer las hojas ántes de templearlas: un hombre sopla al mismo tiempo con dos fuelles para que la actividad del fuego sea igual y continua. El armero, después de enderezar bien la hoja, si salió de la fragua algo torcida, la mete en medio del carbon encendido, y cuando principia á calentarse, la saca del fuego, por medio de un mango de madera que la ponen para frotarla por ambos lados con jabon; al instante se limpia de tal modo, que se pueden ver todos los defectos que hay en su superficie, y después la mete otra vez en las brasas, meneándola sin cesar, á fin de que se caliente y se ponga roja con igualdad por todas partes. Al lado del horno hay un grande arteson lleno de agua del Tajo, de una calidad superior para el temple. Cuando la hoja está ya á punto, lo que se conoce por su color entre el rojo cereza y el color de naranja, la retira de la lumbre y la mete poco á poco en el agua principiando por la punta, de plano, si es una espada, y de canto si es un sable.

La parte mas fuerte de la hoja debe entrar la primera en el líquido, porque siendo así mas fuerte la contracción que experimenta el metal con el frío del agua, los defectos de union en la materia de la parte mas delgada, se hacen mas aparentes. Inmediatamente después que tomó el baño, se saca del agua y se pone otra vez por espacio de dos ó tres minutos encima del carbon encendido. Aquí el fuego no es tan intenso; el color de la bonita llama azul que se escapa por entre el carbon, suaviza la aspereza del temple.

Del taller donde se temple, la hoja pasa á otro donde se afila y pulimenta. Las aguas del Tajo, que tienen una pendiente extraordinaria en Toledo, (unos 50 piés con siete divisiones para otros tantos molinos) hacen andar una porción de ruedas que comunican el movimiento á doce piedras de tierra encarnada que se hallan en dos talleres. Adjunta va la vista de una de ellas. En estas piedras los obreros



Fabricacion de armas blancas en Toledo. — Taller de ensayos.

gastan las hojas hasta que toman la forma y las dimensiones justas de los modelos, pero sin bruñirlas, y en seguida pasan al taller de las pruebas.

Antes de que una hoja quede admitida como buena, tiene que sufrir tres pruebas, á cual mas fuertes. La primera y la mas terrible consiste en poner la hoja

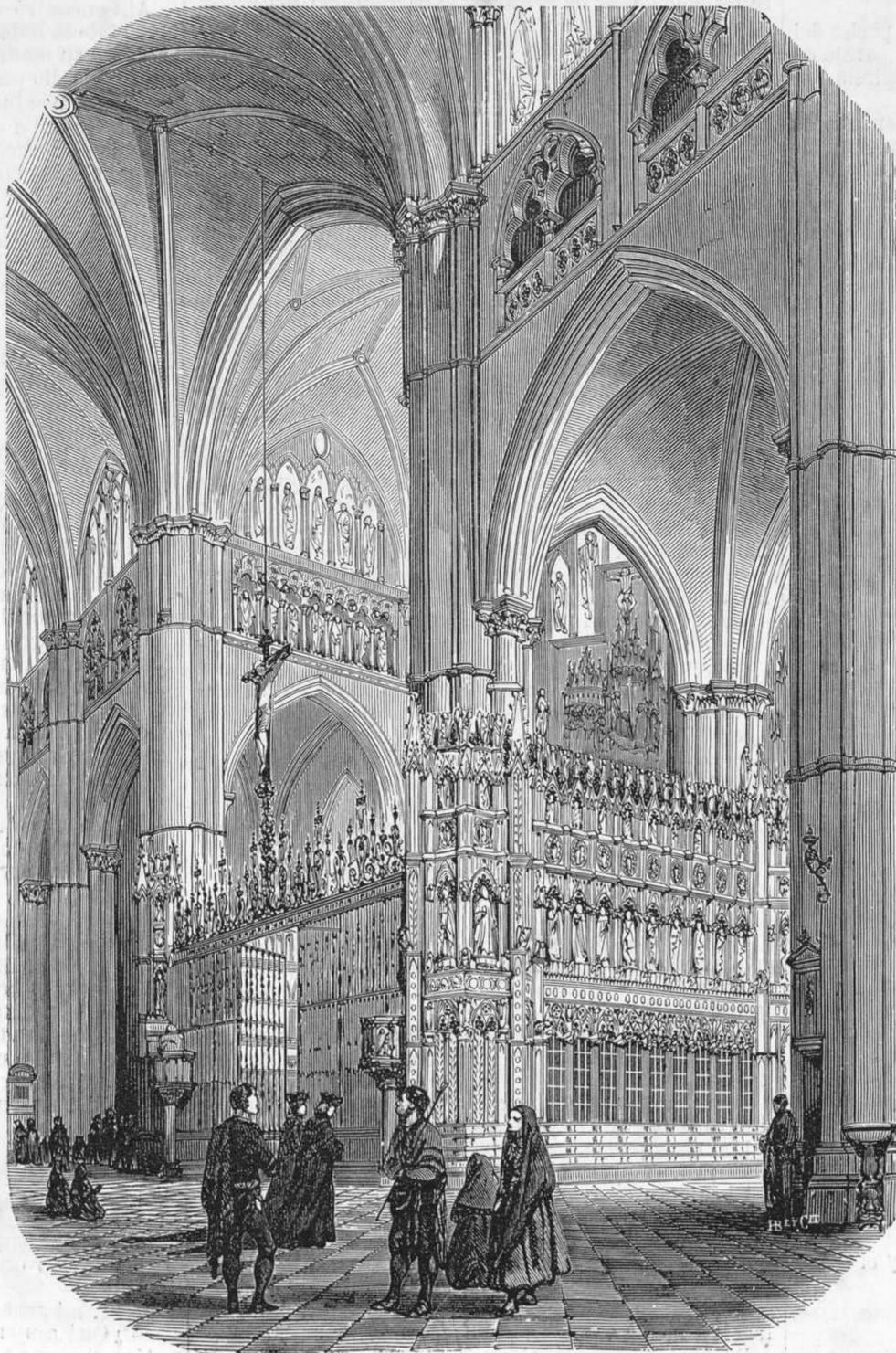
al taller del bruñido, operacion que se hace con ruedas de madera, etc., etc., y las otras van al hierro viejo. En esta categoria entran únicamente diez ó doce por ciento. Después de bruñidas ya no queda otra cosa mas que marcarlas.

Como en este establecimiento se fabrican no solo espadas y sables, sino tambien puñales, lanzas y floretes, sobre todo floretes tan estimados en España como en el extranjero, y como esta fabricación varia según los pedidos, es casi imposible calcular el número de armas que salen de él anualmente. Sin embargo aproximativamente se calcula que la fábrica de Toledo produce siete ú ocho mil piezas, y podria dar muchas mas si necesario fuere.

Los pormenores que acabo de estampar aquí sobre esta fábrica de armas blancas, la debo á la amabilidad de un jóven empleado, D. Felipe Delgado que, por fortuna para mí, habla francés perfectamente. Este caballero me enseñó todo el establecimiento, y me facilitó los medios de dibujar las vistas que acompaño.

En mi dibujo de Toledo á vista de pájaro, el punto tan pintoresco que se ve á la derecha es San Martin, construcción moruna, llena de mutilaciones. Mucho me temo que dentro de poco destruyan la torre, porque los ingenieros de puentes y calzadas están abriendo ahora un camino que debe llegar á ella. Las sombrías ruinas del alcázar de D. Pedro el Cruel le dominan, y á su vez están dominadas por la bonita capilla de san Juan de los Reyes, construida por Fernando é Isabel á su vuelta de la conquista de Granada. El interior es riquísimo en esculturas, y apenas puedo resistir á la tentación de dibujarla. En los muros exteriores de la bóveda, el arquitecto tuvo la idea de colgar á guisa de ornato las cadenas de los esclavos cristianos que fueron libertados del cautiverio cuando la toma de Granada.

El arco negro y la serie de puntos del mismo color que se ven en la llanura, á la izquierda, son los restos de un circo romano. Encima del arco negro, pero un poco mas á la derecha, hay una puerta ogiva con una gruesa torre; es la puerta del Sol, preciosa construcción moruna que se halla muy bien conservada. Encima de la ogiva, en una especie de nicho, se ve una cabecita de mármol blanco, que es la efigie de un noble muy malo, que tuvo la infamia de maltratar indignamente á su mujer hasta que la mató.



Capilla mayor de la catedral de Toledo.

El príncipe reinante le condenó al último suplicio, y expuso sobre esta puerta su busto para que sirva de escarmiento á los celosos, crueles y mal educados. Este hecho es de la época cristiana.

Esas largas paredes que se ven debajo de la puerta del Sol, son morunas, y siguiéndolas, se encuentra otra puerta también moruna, y muy bonita. Mas á la izquierda, y á mayor elevación que la puerta del Sol, á la otra ribera del Tajo, que envuelve toda la ciudad, ménos la parte que se ve en mi dibujo, se hallan las ruinas del viejo castillo moruno de Cervantes, y debajo está el pintoresco puente de Alcántara, tan emajonado, que no puede verse en mi dibujo, pues la ciudad le tapa.

El enorme edificio cuadrado y con cuatro torres que se distingue por encima de la ciudad, es el alcázar, edificio que Carlos Quinto apreciaba en extremo porque había en él alojamientos y cuadras para dos mil hombres de caballería.

El campanario que hacía el medio del dibujo domina todos los edificios de la ciudad, pertenece á la hermosa y rica catedral de Toledo. El interior de esta iglesia es de una hermosa arquitectura del siglo XIV; el exterior es dos siglos mas moderno, y su gusto no es muy exquisito. El poderoso cardenal de Cisneros, arzobispo de Toledo, hizo gastos enormes en esta catedral en el siglo XVI, convirtiéndola en uno de los mas suntuosos y pintorescos edificios que hay en el mundo.

Las catedrales de España no presentan la misma disposición interior que las de Francia ó Italia. En el fondo de la nave principal, allí donde en estos últimos países están el altar mayor y el coro, en España se ve únicamente el altar mayor separado de lo demás de la iglesia por una enorme y magnífica verja de hierro, colocada en la línea del crucero, y el espacio que queda dentro de esta verja, se llama la capilla mayor. Al otro lado del crucero, en la nave principal, se halla colocado el coro, separado del resto de la iglesia por una barandilla de piedra ó de mármol con mas ó ménos adornos á lo largo de las galerías laterales, y en la parte baja de la iglesia, y por una verja de hierro, como la de la capilla mayor, que tiene en frente, en la línea del crucero.

La capilla mayor y el coro corresponden entre sí por un pasaje de seis á siete piés de anchura, comprendido entre dos barandillas de hierro de poca altura. Por aquí pasan los sacerdotes que van de la capilla mayor al coro durante los oficios.

El público para oír misa, entra en las dos partes del crucero que quedan libres, y que separan el paraje de la capilla mayor al coro, y á los lados de la iglesia. Al rededor hay capillas dedicadas á los santos.

En las iglesias españolas apenas hay asientos; los hombres permanecen de pié ó de rodillas, y las mujeres suelen sentarse en el suelo acurrucadas sobre unos ruidos que ponen para amortiguar el frío excesivo de la piedra.

También envió un dibujo de la capilla mayor de Toledo, cuya verja de hierro está forrada con una gruesa hoja de plata. En la época de la invasión francesa, el clero, que creyó que esta verja era de plata maciza, la mandó pintar de negro para evitar la rapacidad de la soldadesca; y esta capa de color de hierro se conserva todavía. El altar mayor, del que no se distingue mas que la cúspide en el dibujo, es de estilo gótico del siglo XVI, y representa muchas escenas de la pasión y de la vida de Jesucristo, rodeadas de adornos. Todo ello está dorado, y produce el mejor efecto en medio de la oscuridad de la iglesia.

En frente de la verja pintada de negro, se halla la verja del coro; este es muy grande y muy hermoso. Hay en él dos hileras de sillas de madera magníficamente esculpidas, y las de la hilera superior se hallan separadas entre sí por medio de columnitas de jaspe.

A. G.

### Un rapto en 1805.

(Conclusion.)

M. de Courçon sabia que una mujer no toma la determinación de abandonar el techo conyugal sin vacilaciones, y sin que le falte valor en el momento crítico para no conocer que necesita usar de un poco de violencia; y ya se preparaba á desatender las negativas de Hortensia, tanto mas cuanto que era muy bien secundado por la nodriza, cuando oyó en el patio unos gritos desaforados.

— ¡Ola, Pedro, ola!

Marcela abrió resueltamente la ventana.

— Es Vd., señora Marcela, ¿dónde está el bribon de Pedro?... Jamás está con sus caballos... Apuesto á que está haciendo la corte á las criadas de la casa inmediata.

Pedro llegó muy sofocado.

— ¿Para qué necesita Vd. á Pedro? preguntó Marcela á este otro criado, á Comtois, camarero de M. Girard.

— ¡Hem! porque la ópera va á concluirse, y el señor quiere la carretela.

— ¿La carretela descubierta?

— Sí, señora Marcela.

— ¿La carretela de la señora?

— Sí; la carretela de la señora es justamente la que ha pedido el señor.

Durante esta conversacion, Pedro habia sacado la carretela de la cochera, habia enganchado dos caballos, y se habia sentado en el pescante. Comtois se sentó con él, el portero abrió de par en par las puertas, y la carretela partió.

Marcela volvió á cerrar la ventana.

— ¿Quieres todavía quedarte, Hortensia? le preguntó la nodriza.

Lo que acababa de pasar no era una novedad para la señora de Girard. Dupluyvier se lo habia dicho todo, pero hay una enorme diferencia entre aprender una cosa en el estado de proyecto, que puede alterarse y aumentarse por el delator, ó ver esto mismo ejecutado ante su vista.

— Vamos, dijo Hortensia; Alfredo, partamos.

— ¡Alabado sea Dios! dijo la nodriza levantando los ojos al cielo.

— ¡Mi querida Hortensia! exclamó M. de Courçon cogiendo el brazo de la jóven.

El perro dejó oír un ahullido ligero, la nodriza, nueva Enone, que impelia el crimen á una mujer infiel, estrechó en sus brazos á su hija, y la señora de Girard, arrastrada por su seductor, salió de la cámara nupcial.

El portero, medio dormido por las libaciones nocturnas, cerraba negligentemente la cuadra y la cochera: las dos hojas de la puerta cochera estaban todavía abiertas; el raptor y la esposa fugitiva salieron de casa sin ser vistos.

— ¡Oh, cómo me palpitaba el corazón! me dijo la señora de Girard refiriéndome esta historia; Alfredo estaba casi tan conmovido como yo, en el patio dió un tropezón, poco le faltó para caerse y derribarme en tierra con él, lo cual era un augurio fatal.

La calle de Mont-Blanc desembocaba entonces, como hoy, en la de Saint-Lazare; pero las calles de Tivoli, de Londres, de Milan, de Berlin, no existían; la misma calle de Saint-Lazare no estaba concluida, y Tivoli era un jardín público que atraía á la gente con juegos, bailes y fuegos artificiales. La calle de Clichy, paralela al jardín, estaba apenas trazada.

Al extremo de la calle de Mont-Blanc habia, pues, eriales en que crecían la ortiga y el cardo, y por aquí y por allí se levantaban cobertizos y tabernillas que han sido reemplazados por edificios regulares y elegantes. En uno de estos eriales, á trescientos pasos de la calle, habia dejado su silla de posta M. de Courçon, que se proponía salir de París por la barrera de Clichy.

La luna que debía iluminar el paso de la señorita Clotilde en los bosques de Satory, derramaba igualmente sus rayos sobre la ciudad, y se veía casi tanto como si fuera de día. El húsar, hábil en fascinar á su víctima, ó para hablar con mas exactitud, su cómplice, se guardaba bien de decir nada del presente ó del porvenir, y dirigía su conversacion á lo pasado, pero Hortensia no le prestaba atención.

— ¡Dios mio, Dios mio! respondía ella apretándose contra Alfredo; la función de Tivoli acaba; por todas partes veo mucha gente.

— No tema Vd., mi querida amiga, todos vuelven á París cuando nosotros lo dejamos; por otra parte, ¿qué riesgo corre Vd.? Yo estoy con uniforme, parto con pliego de mi general, y Vd... Vd... Vd. es mi mujer, mi querida Hortensia.

Aún seguía hablando, cuando la señora de Girard apercibió al capitán Dupluyvier, que salía de Tivoli, y se dirigía hácia ellos.

El digno capitán, no habiendo conseguido comer con su prima, ni llevarla á casa de M. Lacedpede, juzgó que la sociedad del gran canciller de la Legion de Honor no sería divertida, y vestido con el uniforme de gala se habia metido en el jardín de Tivoli.

Al punto vió y reconoció á M. de Courçon, gracias á la claridad de la luna.

El capitán tenia necesidad de descargar la bilis.

— ¡Oh, oh! dijo entre sí, aquí tenemos un boquirubio que va con su compañera... Si se dejara á esta caballería ligera en paz, dentro de poco no habria mujeres mas que para ella. Preciso es que yo entre á la parte.

— Mi querido teniente, dijo adelantándose hácia el húsar, espero que tendrá Vd. la bondad de darme de cenar esta noche; yo aumentaré la buena compañía... La señorita no tendrá miedo de un capitán de dragones.

La señora de Girard sintió flaquearle las piernas. M. de Courçon dió á todos los diablos al capitán en el fondo de su pecho.

— Apártese Vd., capitán, le dijo con voz alterada; las confianzas de esta señorita no admiten un tercero... no se trata de cenar entre nosotros... Permítanos Vd. seguir nuestro camino.

El capitán Dupluyvier no se hacia violencia para ser grosero, y tenia á veces el lenguaje y las costumbres del cuartel.

— ¡Ah! hijo mio, tú no le das de cenar... ¡Buena! dijo Dupluyvier dirigiéndose á Hortensia, yo le pagaré á Vd. el champagne.

— ¡Vd. es un insolente! exclamó M. de Courçon.

El capitán se avanzaba aparentemente para apoderarse del brazo de la señora de Girard; Alfredo lo rechazó pegándole un puñetazo en la boca del estómago. No se necesitaba tanto para que se desenvainaran los dos sables.

— ¡Alfredo, Alfredo! en nombre del cielo! dijo Hortensia á media voz.

Dupluyvier percibió algunos sonidos que le pareció reconocer; vió á algunos pasos de distancia una silla de postas preparada; es probable que adivinara todo.

Ya hemos dicho las pretensiones que tenia con su prima; el capitán se puso furioso.

— ¡Ah, traidor! dijo.

Por su parte, M. de Courçon conoció que era preciso vencer ó morir, y sobre todo vencer, porque si sucumbía, Hortensia estaba perdida. Sin escuchar, pues, las palabras de esta, soltó su brazo, y se adelantó rápidamente hácia el capitán. Los sables se cruzaron, y el combate no fué largo; al tiempo que levantaba el capitán el brazo, M. de Courçon le tiró una estocada, la hoja asomó por el hombro del desgraciado Dupluyvier, pero el sable del capitán cayó pesadamente sobre Alfredo, y le abrió el pecho.

Al mismo tiempo, varios testigos de esta escena comenzaron á gritar:

— ¡La guardia, la guardia! ¡un duelo, un duelo! ¡un hombre muerto!

Y se oyeron los pasos de una patrulla que venia corriendo.

— ¡Hortensia!... sálvese Vd.... cerca está Vd. de su casa.... Yo no soy herido, ó si lo estoy, la herida no es grave.

Y el jóven debilitado por la sangre que perdía, cayó junto á su adversario. La patrulla llegó, y formó un círculo al rededor de las víctimas de este combate. Un anciano comisionista que salía de una taberna cercana, viendo á Hortensia á punto de desmayarse, le dió el brazo y la llevó hácia París.

— Venga Vd., señora, Vd. no está acostumbrada á ver estas cosas... Sepáramos de aquí... de otro modo, la patrulla le hará pasar á Vd. la noche en el cuerpo de guardia.

La señora de Girard no estaba en estado de responder, sus dientes rechinaban, un sudor frío corria por su frente, el terror que se habia apoderado de ella le quitaba la facultad y el deseo de obrar, y se dejaba conducir por el comisionista, que la decía:

— ¿Dónde debo llevarla á Vd., señora?

Se hallaba en la calle de Mont-Blanc.

— ¡Allí, allí, amigo, contestó señalando su casa con el dedo.

El comisionista llamó suavemente, como una criada que se hubiera entretenido fuera, y que quisiera entrar sin ser sentida; la puerta se abrió, Hortensia puso en la mano del comisionista algunas monedas de oro, y ágil como una ave asustada, atravesó el patio y penetró en su dormitorio.

Allí encontró á la nodriza, tristemente sentada en medio de la habitación, con los ojos clavados en el retrato de su madre.

Marcela dió un grito de alegría al ver á Hortensia.

— ¡Ah, bendito sea Dios! el cielo la envía á Vd., exclamó... ¿Ve Vd. esa figura, Hortensia? Desde que te has ido me está diciendo: ¿Qué has hecho de mi hija? ¿dónde la has enviado, y con quién?

La señora de Girard se sentó exánime en un sillón, y cuando recobró aliento, refirió el funesto duelo que acababa de presenciar; quería hacer enganchar el cabriolé de su marido para ir á buscar á M. de Courçon, fuera para cuidarlo, ó para cerrarle los ojos. Marcela le impidió que cometiera esta nueva imprudencia, y se encargó de ir á casa del teniente y de recorrer los cuerpos de guardia hasta dar con él.

El capitán Dupluyvier habia muerto sin pronunciar una palabra. M. de Courçon no estaba mas que herido, y aunque habia perdido mucha sangre, volvió en sí pronto, y pudo hablar. Dijo su nombre, y que portador de un pliego de su general, partía para Calais, cuando atacado por un bárbaro, se habia visto obligado á echar mano del sable y á defenderse.

El postillon confirmó las palabras de M. de Courçon. Pusieron al herido en la silla de posta, lo llevaron á su casa, y se dió parte á Junot, gobernador de París á la sazón, y coronel general de húsares.

Cuando llegó la nodriza á casa del teniente, lo encontró en las manos del cirujano, que acababa la cura. Un hombre, jóven todavía, de blondos cabellos, rostro encarnado, y vestido con una levita azul, que llevaba abotonada hasta el cuello, se paseaba agitadamente por la habitación de M. de Courçon, como quien espera con mas impaciencia que inquietud el pronóstico del cirujano.

— Mi general, dijo por fin este, es un rasguño.

— ¡Un rasguño! dijo Junot, que atraído por el interés que tenia por M. de Courçon y por el deseo de recoger su pliego, habia acudido apenas tuvo noticia del suceso.

— ¡Un rasguño! ¡Ba, ba! eso no vale nada. En Egipto, el sable de Murad-Bey me hizo á mí uno que me cogía desde el hombro hasta la rodilla, y por eso no abandoné la batalla... ¡Un rasguño!... con él hubiera partido yo para Calais; ¡y Vd., Courçon, se ha desmayado como una mujercilla!

— Es, mi general, porque...

— ¡Ah! eso es, repuso Junot, ¿qué desafío ha sido ese?

— Mi general, era un capitán de dragones...

— ¡Ah, ah! muy bien, la caballería ligera contra la de línea: ya veo lo que es.

— Sí, mi general.

— Estaba seguro de ello... pero entre todo esto, hay de por medio una mujer. ¿Vd. estaba con una mujer, temiente?

— Sí, mi general.

— ¿Qué mujer? preguntó Junot.

Marcela, que temió que el teniente no se atreviera á ocultar la verdad á su general, tembló de piés á cabeza.

— Mi general, dijo M. de Courçon, fui á Tivoli, y encontré allí una griseta...

Marcela respiró.

— Una griseta muy bonita.

— ¿Muy bonita? ¿Cómo se llama?

Marcela tembló de nuevo.

— Julia, contestó M. de Courçon.

— ¿Y esa griseta le ha abandonado á Vd. en el momento en que se batía Vd. por ella? Eso no está bien hecho. Déme Vd. mi pliego; voy á enviar á Calais á uno de mis ayudantes.

Y Junot dejó á M. de Courçon, despues de darle un apretón de manos, sin hablar de un duelo que no merecía mucha censura; por otra parte, el valiente militar había tenido tantos en su juventud, que no tuvo valor para reprender al teniente por tal frustrería.

En este punto tocó el turno á Marcela. Ella misma se aseguró del estado del herido, lo tranquilizó acerca de la suerte de la señora de Girard, que había vuelto, le dijo, sana y salva á su casa, y volvióse ella, porque Hortensia la aguardaba con impaciencia febril.

— Cálmate, hija mia, su herida no vale nada, dijo la nodriza, ántes de ocho días se levantará de la cama; ha estado muy discreto, y no ha declarado tu nombre á su general... A propósito, el villano de Dupluyvier ha muerto, y por consiguiente no tenemos que temer nada por ese lado.

Si la mujer había tenido la buena fortuna de fracasar en sus proyectos, si Elena había vuelto en el palacio de Menelao, sin que nadie pudiera acusarla de haberlo abandonado un solo instante, M. Girard, por su parte, no consiguió engañar á Hortensia.

Concluido el espectáculo, la gran artista montó en la carretela de la señora de Girard, se hizo llevar á casa de Legacque, comió como una mujer que, libre de las exigencias de su estado, se indemniza por la noche de la sobriedad de la comida, bebió una botella de champagne, y dijo en seguida á M. de Girard:

— Vámonos, amigo mio, ¿no quiere Vd. ir esta noche á Satory?

— ¿Yo? al contrario; la carretela está en la puerta esperando sus órdenes de Vd.

— Vámonos pues; Vd. sueña.

— Nada de eso, estoy á las órdenes de Vd.; ¿quiere Vd. contemplar los rayos de la luna, ver como se reflejan en los copudos árboles; quiere Vd. asistir al nacimiento de la nueva aurora?

— Poco cuidado me tomo por la luna y la aurora; tengo jaqueca, y me voy á acostar.

La señorita Clotilde era una bailarina de primer orden, y una mujer de un carácter despótico, habituada á hacer cuanto se la antojaba. M. Girard tuvo, por consiguiente, que llevarla á su casa, sin pasar del umbral de su puerta, porque la jaqueca requiere el reposo y el silencio. Un poco corrido de la aventura, el banquero sentía cierta repugnancia en volverse á su casa. Pasó por delante de Frascati, y subió.

El dueño de Frascati, pensó, es mas hábil que el de Legacque; yo hubiera cenado en casa del primero, si Clotilde hubiera hablado ántes de su jaqueca.

Voy á jugar un billete de mil francos; si gano, compraré á Clotilde un brazaletes de rubíes; los rubíes son un excelente remedio para la jaqueca.

Jugó, perdió; ganó, y á las seis de la mañana perdía quince mil francos. Era salir muy bien librado. Antes de retirarse, quiso saber como había pasado la noche la bailarina. A algunos pasos de su casa vió entreabrirse la puerta, y dar salida á un jóven, de porte marcial, que, con un látigo en la mano, se lanzó á la calle silbando el aria de Rolando, aria que los señores oficiales de la guardia querían mucho, y que parecía familiar, hacia algunos días, á la señorita Clotilde.

Era el coronel Herbois.

— ¡Diablo, diablo! se dijo M. Girard, con el rostro encendido; me consuela el que no tendrá brazaletes de rubíes la señorita Clotilde. Cochero, á casa, entre Vd. sin ruido, es preciso que no se despierte mi mujer.

A algunos pasos ántes de llegar hizo parar el carruaje. Pero siempre era preciso que este entrara en la cochera; ¡y cómo impedir el ruido del caballo y las ruedas! Una vez en su cuarto, M. Girard se desnudó, se puso una bata y fué al de su mujer: mas valia arrostrar el peligro que aguardarlo.

La señora de Girard no dormía: había pasado una mala noche, dando las gracias al buen ángel, que en forma de comisionista la trajo á su casa. ¿Qué diferencia entre la señora de Girard, honrada por todos, y no teniendo que bajar la vista ante nadie, y la señora de Girard fugitiva, corriendo los caminos en compañía de un húsar, y obligada á ocultar su vergüenza en país extranjero! ¿Porqué no enmendarse? ¿No veía que entraba en una senda manchada de sangre á los primeros pasos? ¡Un hombre muerto y otro herido por ella!... Al pensar en esto, ocultó la cabeza entre la ropa, avergonzada y afligida. Su marido era infiel, enhorabuena; era preciso atraérselo; jóven ella y bonita, no necesitaba mas que querer para conseguirlo.

M. Girard entró.

— Mi querida amiga, le dijo, ¿cómo ha pasado Vd. la noche?

— La noche, caballero, la noche, la he pasado muy agitada.

— Y yo tambien.

— ¡Ah, ah!

— Sí, mi querida Hortensia, no he cerrado los ojos.

— Es claro; no ha ido Vd. á dormir á casa del banquero, sino á ocuparse de negocios.

— Tiene Vd. razon.

En este momento entró la carretela en el patio, Pedro el cochero gritó, las ruedas rechinaron en la arena, los caballos patearon. La señora de Girard lanzó una mirada de enojo á su marido.

— Mi carretela entra, dijo ella.

— M. Girard se echó á los piés de su mujer, le cogió la mano y la besó.

— ¡Hortensia! exclamó, he hecho mal, si supieras...

— Ni una palabra mas, contestó Hortensia; pero piense Vd., amigo mio, en las faltas que yo puedo cometer, si se renuevan las de Vd.; no respondo de mí misma.

M. Girard se comprometió solemnemente á amar á su mujer, exclusivamente á ella, lo cual no era difícil de cumplir.

Cuando se hubo pasado la emocion de los dos esposos:

— ¿Sabes, dijo M. Girard, lo que me acaban de contar? El primo Dupluyvier ha sido muerto esta noche.

— ¡Dupluyvier! dijo la señora de Girard como sorprendida.

— Sí, ¿y quién lo ha muerto? uno que tú conoces, M. Alfredo de Courçon. Se han batido por una griseta... Siento al pobre capitán... Qué léjos estaria... era un buen amigo.

— Era un traidor, respondió la señora de Girard, que me obsequiaba, me irritaba contra Vd., refiriéndome todo cuanto Vd. hacia, y exagerando, etc., etc.

— ¡Ah, sí, exageraba mis amores! ¡Dios mio! no amo á nadie, sino á tí.

— Me estimulaba á que me divorciara, prosiguió la señora de Girard.

Este último golpe acabó de persuadir al marido.

— Y su esposo de Vd., pregunté yo á la anciana señora, rompió con la señorita Clotilde.

— Completamente, y concibió por mí una pasión que ha durado toda su vida. ¡Ah! dijo la señora de Girard, era el modelo de los esposos, pero yo jamás le confesé que sin el encuentro de Dupluyvier, el pájaro que había salido de la jaula no hubiera vuelto á entrar en ella.

— ¿Y cuando M. de Courçon se curó de su rasguño?

— Vino á verme, repuso la señora de Girard, y me preguntó qué día estaria dispuesta. — Amigo mio, le dije, la ocasión es calva y fugitiva, es difícil encontrarla dos veces... Nosotros somos dos criaturas que ibamos á cometer una locura.

— ¿Vd. debió sentir el renunciar á este apreciable oficial, un amigo de la niñez?

— Nada de eso. Esté Vd. seguro de que vale mas un marido banquero, que un marido militar.

— ¡Ah! exclamé yo, si el capitán Dupluyvier hubiese mandado una compañía de Espartanos, Elena no hubiera abandonado á Menelao, la guerra de Troya no se hubiera encendido, y Homero...

La señora de Girard se encogió de hombros, mirándome como quien desea mudar de conversacion, y me dijo:

— Elena es mi doncella, tuerta hace tres años, y su marido no se llama Menelao, sino Gerónimo Leblond.

M. A.

## Ejecucion militar

Á BORDO DE UN BUQUE EN LA RADA DE PORTSMOUTH.

Eran las ocho de la mañana, y el pabellon negro flotaba en el palo mayor: resonó un cañonazo, y esta señal anunciaba la ejecucion de la sentencia pronunciada por un consejo de guerra. Dos jóvenes marineros, condenados á muerte por haber herido á uno de sus oficiales, conocieron al oír aquella explosion, que conmovió los mal asegurados tabiques de la cala donde se hallaban encerrados, que había llegado ya para ellos el momento fatal.

Estrechando entonces Strange, que así se llamaba uno de los dos, á su amigo Wild en sus brazos, exclamó:

— Dios tenga misericordia de nuestras almas, porque nuestra carrera y nuestros males van á acabar muy pronto en este mundo.

Wild estaba mas tranquilo que su compañero, y su rostro impassible relevaba una estoica resignacion.

Se presentó en el encierro un contramaestre, abrió el candado de la barra de grillos que sujetaba á los presos, y despues de desembarazarles de los lazos que les oprimian sus miembros, los entregó á la tropa de marina: esta lo condujo acto continuo á la proa del buque sobre cubierta.

Allí tuvo lugar una escena imponente y difícil de describir. El cielo estaba sereno, el mar trasparente y en calma, y la brisa agitaba suavemente los pabellones de los demás buques, que habían cruzado sus vergas: todas las tripulaciones, con arreglo á ordenanza, se veían agrupadas en traje de gala sobre las vergas, asemejándose desde léjos á apiñados enjambres de abejas. Un piquete de soldados de marina formaba en cada embarcacion la guardia destinada á conservar el orden, figurando al mismo tiempo el cuadro de aquella tristísima solemnidad militar. El del buque estacionado era mas numeroso, y se había colocado de popa á proa por ambas bandas. Treinta botes cercaban sus costados con los remos en alto, estaban mandados por oficiales de marina.

— A una orden del teniente de guardia, repetida por el

agudo silbato del primer contramaestre, se abrieron las escotillas y se formaron en hileras todos los marineros: la hora del castigo había sonado ya.

A los cinco minutos de un silencio sepulcral y desgarrador, se oyeron algunos gemidos y los pasos de la tropa que se acercaba al palo mayor: entre filas iban los dos jóvenes sentenciados, que se dirigieron sin pronunciar una palabra al sitio que se les había designado. Inmediatamente leyó el fiscal del consejo de guerra la sentencia pronunciada por este, y la orden de ejecucion del comandante de buque. Concluido este acto, el capellan recitó en voz alta las oraciones de los agonizantes señaladas para estos casos, que fueron escuchadas y repetidas por la marinería con religioso recogimiento.

Despues se preguntó á los presos si estaban dispuestos á morir, y contestaron afirmativamente.

Todas las miradas se fijaban en aquellos desgraciados, que se despedían del mundo y renunciaban á sus mas queridas afecciones, cuando apenas habían recorrido la quinta parte de la vida probable del hombre. La fisonomía de dichos jóvenes, notable por su belleza y por la expresion de la melancolía esparcida en sus facciones, aumentaba la piedad, que desde luego había inspirado á cuantos presenciaban tan dolorosa escena; al mismo tiempo parecían tan tranquilos, que su resignacion disminuía el horror de sus últimos instantes.

Antes de aproximarse al pié del palo mayor, puesto destinado para el suplicio, pidieron un vaso de vino, que se les dió al momento y que bebieron despues de saludar respetuosamente al comandante y á los oficiales.

Un cabo se acercó á ellos para atarles los brazos; pero ántes de separarse se abrazaron estrechamente, y el capellan les leyó las últimas exhortaciones de la iglesia, como tambien el servicio fúnebre, mientras se hacían todos los preparativos necesarios para la ejecucion.

En cada costado del buque y cerca de las serviolas se había levantado una especie de cadalso, al cual se subía por cinco gradas. Al extremo de la verga se veía un moton, que para mayor seguridad estaba fijo al círculo de los botavantes; por él pasaba un cabo, uno de cuyos extremos caía sobre el cadalso y el otro sobre cubierta: á popa se había colocado una coliza giratoria, dispuesta á hacer fuego á la primera señal.

Wild no pronunciaba una palabra, pero Strange preguntó al contramaestre, encargado de asistirle en sus últimos momentos, si la cuerda estaba bien colocada al rededor de su pescuezo.

— He visto, le dijo, sufrir á otros horriblemente por no haberse tenido presente esta precaucion.

El contramaestre se apresuró á tranquilizar su ánimo contra aquel temor, asegurándole que sus padecimientos serian cortos.

Pusieron á los reos unos gorros blancos, y los cubrieron con ellos los ojos, tan luego como los llevaron por las cinco gradas á los cadalsos. Entónces los infortunados jóvenes se despidieron de sus camaradas, rogándoles que pidiesen á Dios por sus almas, y volviéndose hacía el capellan le dieron las gracias por sus religiosos cuidados, asegurándole que morían dichosos, porque tenían confianza en la divina misericordia.

Permanecieron en pié hasta que quedaron terminadas todas las disposiciones: la última de estas consistió en amarrarles con la cuerda colgante, cuyo extremo opuesto estaba entre las manos de treinta hombres colocados á cada banda del buque al mando de un teniente. Hecho esto, el fiscal agitó un pañuelo blanco; un cañonazo envolvió al buque en una nube de humo, y se vió á los dos pacientes suspendidos en los dos brazos de la verga mayor.

Una hora despues de la ejecucion fueron colocados sus cuerpos en dos cajas mortuorias, y conducidos á tierra para darles sepultura.

El comandante del buque detuvo á la tripulacion sobre cubierta durante aquella hora, para que se leyesen los artículos de la ordenanza relativos á la subordinacion y á las penas en que incurren los que faltan á ella.

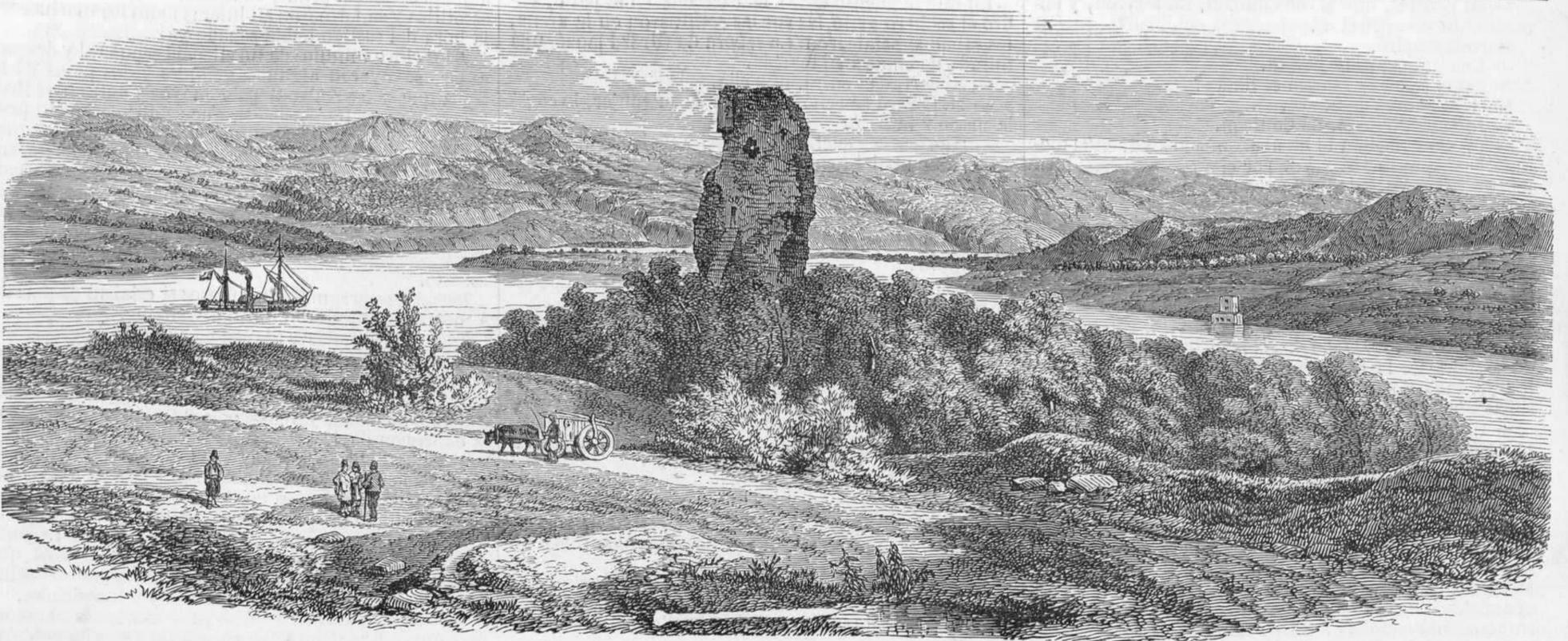
## La Moldavia y la Valaquia.

No es solamente grabados lo que ofrecemos hoy á nuestros suscritores, sino tambien curiosas noticias histórico-geográficas de esos países cuya suerte interesa hoy al mundo entero por la posicion que ocupan y por la ya célebre cuestion pendiente á cuyas evoluciones parece deben servir de principal teatro, cualesquiera que sea el rumbo que tomen las cosas, acerca de lo cual nada aventuramos consecuentes siempre con nuestra mision pura y simplemente literaria.

Sébase de una vez y para no olvidarlo nunca, que hay en Europa cerca de nueve millones de valacos hijos de nuestra madre comun, hablando una lengua latina y reconociéndose entre sí por el nombre de *Rumans*, es decir de romanos. Quereinos pues hablar de estos hombres derramando sobre ellos la doble luz de historiadores y de artistas.

TORRE DE SÉPTIMO-SEVERO.

Los valacos descienden de los soldados de las legiones romanas que al principio de nuestra era conquistaron y derribaron la monarquía Décia, del rey Decébal. La



Restos de la torre de Séptimo-Severo y del puente de Trajano sobre el Danubio.



Trajes de mujeres valacas y tziganas

torre erijida por Séptimo-Severo se eleva en el mismo lugar en que los romanos conducidos por Trajano atravesaron el Danubio para merecer á este emperador el inmortal trofeo que es todavía el mas bello ornamento de Roma.

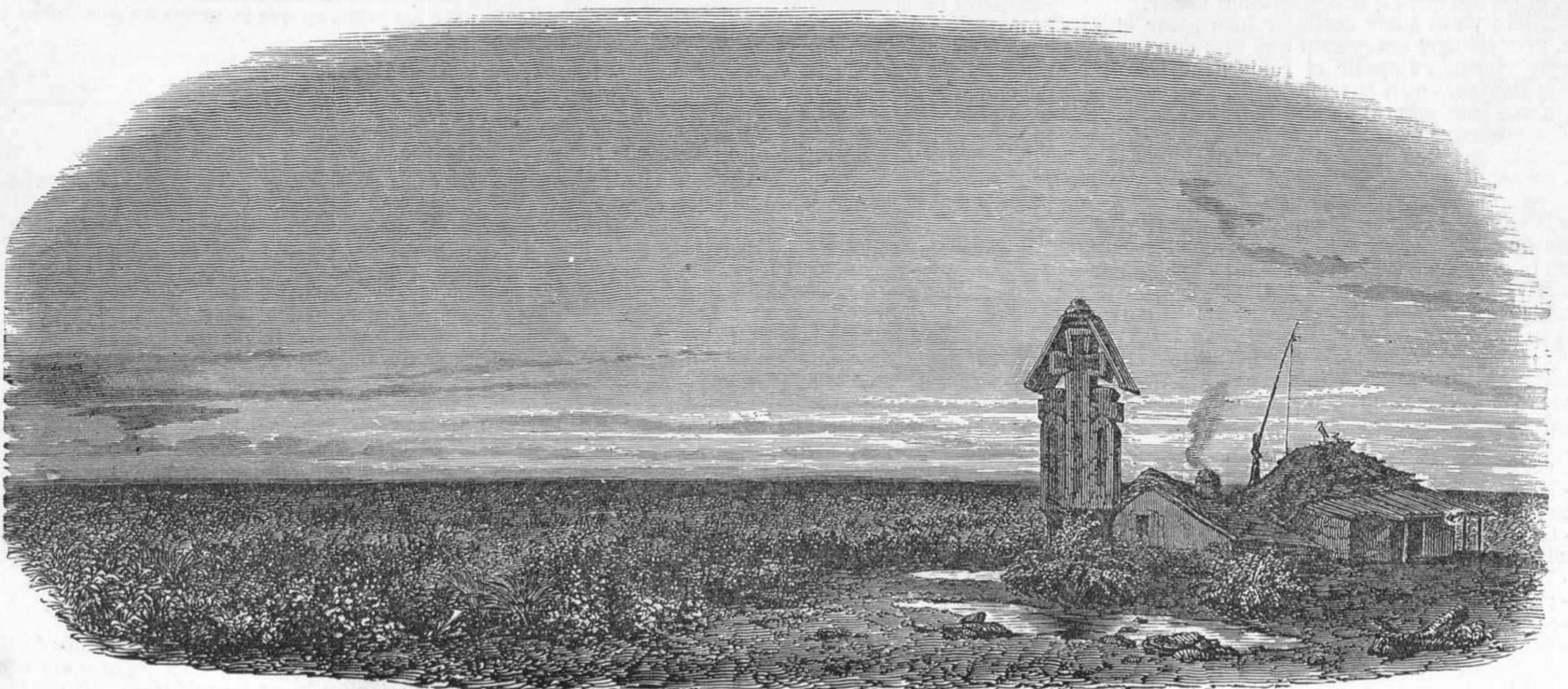
Cerca de los últimos vestigios del puente romano que debia abrir paso á tantas glorias, y, precisamente bajo la torre de Séptimo-Severo, se descubren esas vias lácteas de nuestro planeta, las vias romanas que llegan hasta las fronteras de la Germania, y que al cabo de 2000 años conservan á la Roma cristiana el recuerdo de los pueblos á quienes la cruz debia consolar de la desgracia de haber sido vencidos.

#### LAS ANTIGUAS CALZADAS.

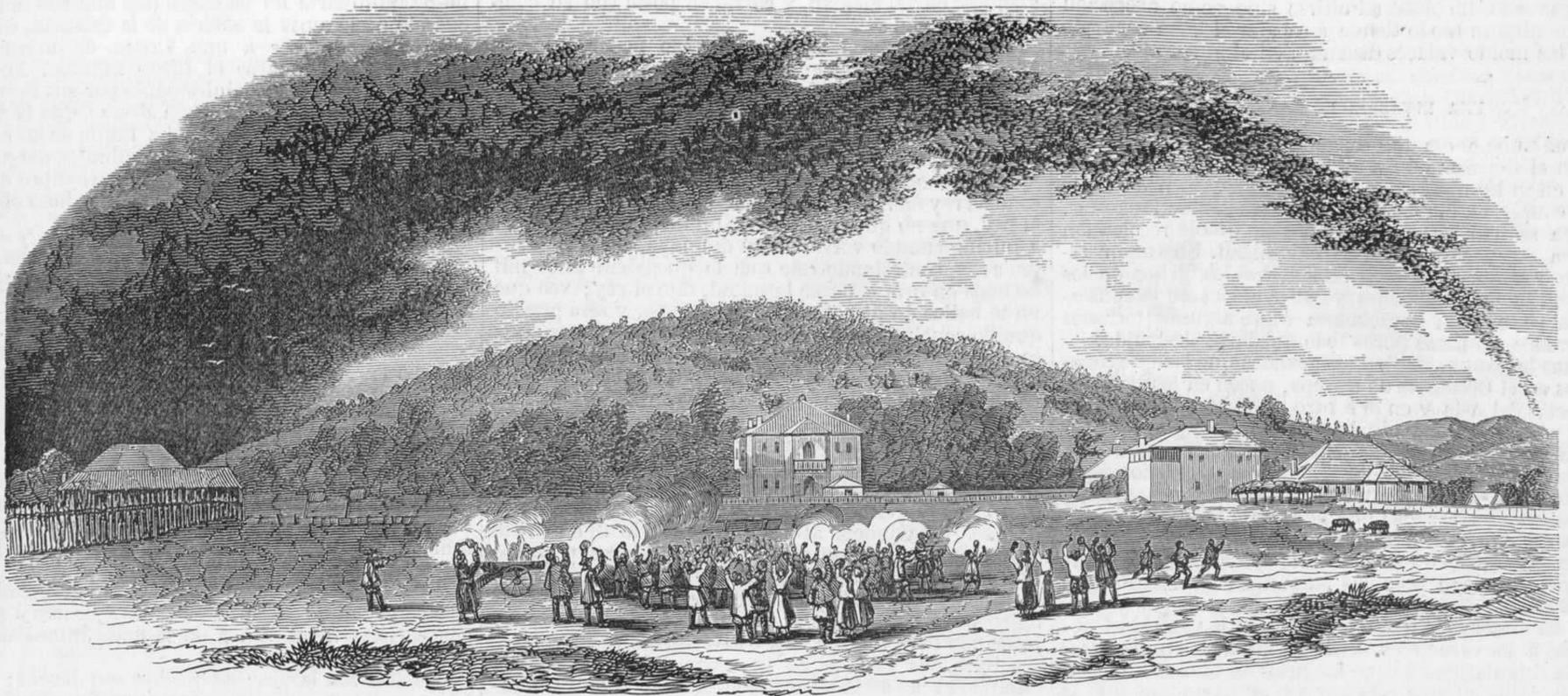
Queremos hablar de un camino que desde el siglo cuarto al siglo diez y siete ha sido hollado por casi todas las grandes emigraciones de la raza humana. Este es un mar de arena donde la marcha de los soldados no ha dejado na-



Trajes de hombres valacos y tziganos



La gran calzada.



Una invasion de langostas.

da para los labradores, camino seguido no solamente por los emigrados, sino por los grandes conquistadores entre los cuales figuran Atila, Gengis-Kan, Tamerlan, Bajazet, Mahomet IV y Souwaroff. Cada jornada está marcada por los túmulos de las invasiones de los hunos y de los godos.

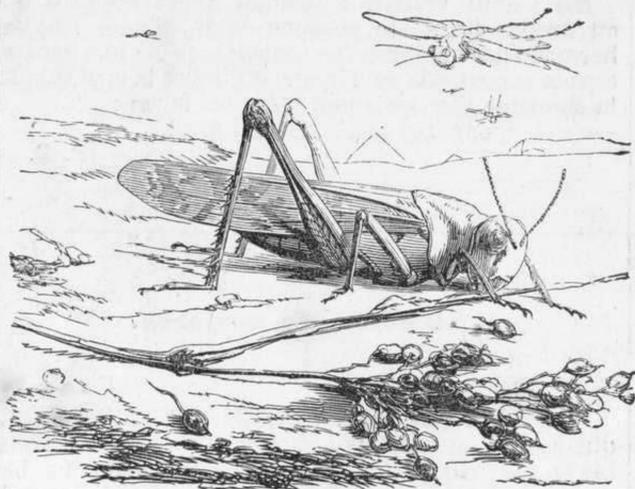
Allí están estas indicaciones eternas, dejadas por los bárbaros, y que llegan desde las murallas de la China hasta la Carpetania, siempre caminando de Oriente á Occidente.

Raro espectáculo es el que ofrece la Europa dirigiéndose á buscar con mil trabajos el oro de la California y de la Australia en vez de cultivar esos campos abandonados en las márgenes del Danubio donde cada espiga produce ochenta veces su valor. Pero volvamos á la historia.

Si los romanos de Trajano, de Aureliano y de Constantino penetraron en la Dacia y en la Germania por los puentes que á través de los siglos se conservan como monumentos de la mas audaz construccion, parece que la susodicha calzada fué hecha por la mano de Dios para conducir desde las montañas del Cáucaso y del Thibet á los bárbaros que debian conquistar á la misma Roma. La anchura de este camino es proporcionada á las numerosas huestes que debian llenarlo al paso. La Moldo-Valaquia fué la primera estacion de estas irrupciones en Europa, y sus fértiles surcos las alimentaron desde entónces sin pedir el salario de nuevos derramamientos de sangre. Todas estas irrupciones han dejado allí recuerdos, y la lengua valaca puede decirse que está compuesta del sanscrit, del árabe, del ruso, del turco y del latin, de modo que un hijo de este país seria de los que ménos embarazo tuvieran como obrero de otra torre de Babel, siendo difícil que le faltase algun camarada á quien dirigir la palabra.

Distínguese en la gran via de que hemos hablado el sitio de la gran batalla de Rimnik, cuyo nombre como el de la Italia se unió un dia en la historia militar de los rusos al del mariscal Souwaroff.

Veinte años despues el hijo de Souwaroff, *Rimnisky-Italnisk*, general tambien, al servicio del emperador Alejandro, quiso pasar el rio de Rimnik, que generalmente puede vadearse, pero que entónces acababa de crecer súbitamente á causa de una de esas tempestades que son tan frecuentes en aquellos parajes. Habiendo salido de Bucharest llegó al cabo de algunas horas dando una de esas órdenes que hacen orillar todas las dificultades.... Pero el rio estaba temible... los soldados suplicaban al hijo del vencedor de Rimnik que no arriesgase sin motivo su vida... ¡ Vanos consejos! El general mandó á la tropa obedecer, y el torrente arrastró con violencia hombres, caballos y carruajes, dando cuerpo á las viejas supersticiones romanas, que resucitaron en el país, al ver perecer allí al hijo del orgulloso scita que osó reunir á su nombre la doble memoria de las victorias obtenidas en los antiguos dominios de Trajano.

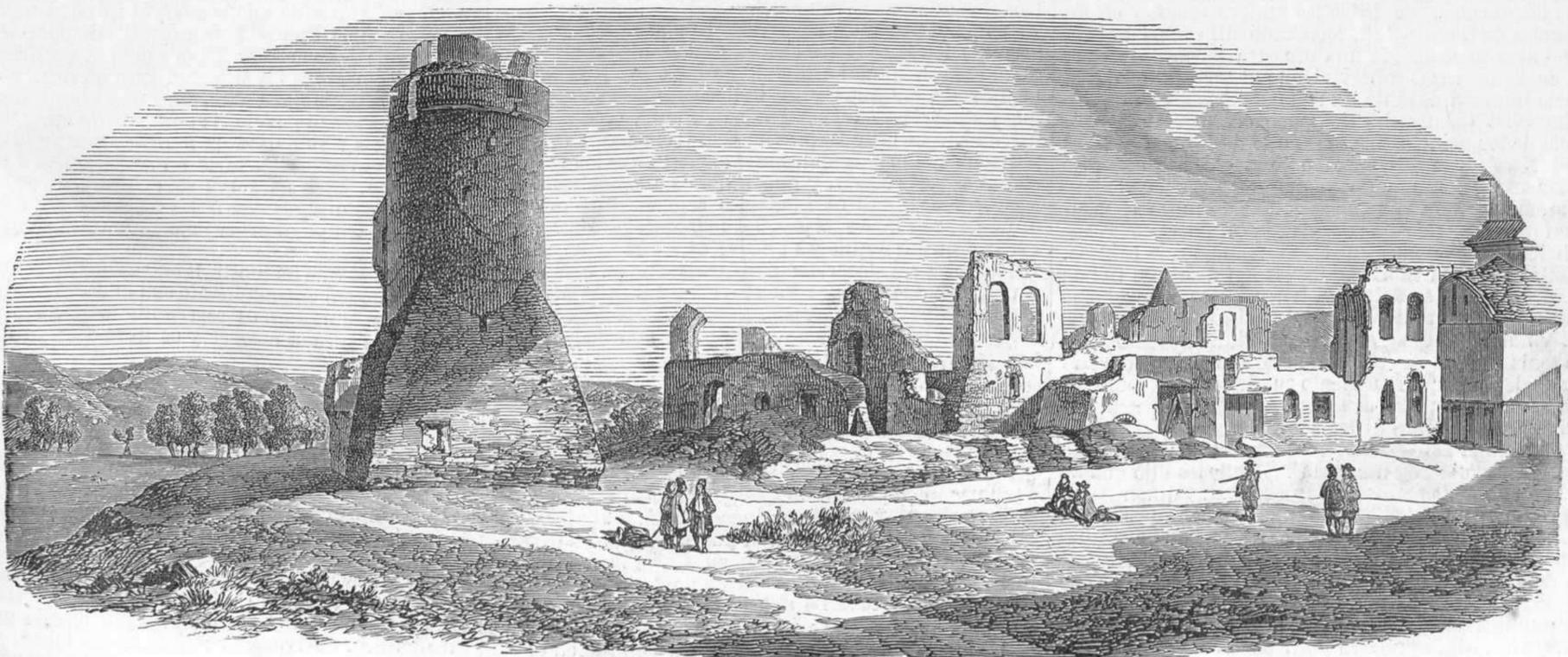


Langosta del Egipto.

TRAJES GITANOS.

Antes de la última invasion mongola fué cuando se vió á su vez perseguida esa extraña familia que todavía recorre, nómada, aventurera, gran parte de la Europa. Esta raza inteligente, graciosa y fina se vió continuamente precisada á confundirse con otras clases de las naciones que atravesaba, y sobre todo cuando en cambio de su vida libre se la ofrecian ciertas ventajas. La célebre novela de Victor Hugo, *Nuestra Señora de Paris*, nos cuenta en términos muy elocuentes el momento de su aparicion entre nosotros, y aunque es cierto que solo en España parece conservar la tradicion pura, tambien lo es que á poco que en Paris mismo se quieran buscar los vástagos de esa familia que desde las calles de la Petite y de la Grande Truanderie, así como de la Corte de los Milagros, fué extendiéndose por la poblacion y mezclándose á todas las clases de la sociedad, será muy fácil encontrarlos. Todavía creemos verlos en los *quais*, en los *boulevards*, en la *ópera* segun la profesion que han seguido de músicos, bailarines, domadores de monos, vendiendo sus hijas, traficando entre sí, ganando el pan con sus predicciones (la buena-ventura) sirviéndose, en fin, de su exquisita inteligencia para lograr fortuna. Pero donde no se ha concedido á estos seres mas que la vida de los pájaros, de los ladrones ó de los nigrománticos, permanecen tales como eran cuando huian ante las hordas de Gengis Kan ó de Timur, es decir, desnudos, ladrones, artistas, mendigos y libertinos; llevando por armas ofensivas y defensivas sus mujeres, armas de tiro seguro que causan profundas y dolorosas heridas como se demuestra en la creacion de la sensible y espiritual Esmeralda. Así, aunque permanezcan vencidos y mirados como porrias, los gitanos pueden jactarse de haber visto su sangre mas de una vez mezclada á la de las razas conquistadoras.

La desgracia del país moldo-valaco quiere que allí los gitanos conserven bastante poder para haber impuesto á la misma nobleza alguna de sus costumbres,



Ruinas del castillo de Tirgowist antigua capital de Valaquia.

aunque esto no debe admitirse sino como excepcion que de ningun modo tiende á rebajar el buen concepto que los moldo-valacos disfrutaban en el mundo.

#### UNA INVASION DE LANGOSTAS.

¿Qué nube es esa tan espesa y tan negra que aparece en el horizonte bajo un cielo tan dulce y tan puro? ¡Ay! en su lúgubre color hace ver la consternacion que va á causar en la tierra. Es una invasion de langostas. Nunca se han pasado diez años sin que la recoleccion se vea amenazada por esta calamidad. Un rumor espantoso anuncia su proximidad, y si los gritos de los habitantes de las ciudades y de las aldeas no se opusiesen á su marcha devastadora sobre algunos terrenos cultivados, en pocas horas todo quedaria destruido.

Estas langostas, doble mas grandes que las que conocemos en el Occidente de Europa, nacen en las llanuras desiertas del Asia y en el centro del Africa, abandonan estas regiones, y cuando han desolado un pais se trasladan á otro para repetir sus estragos. Sin embargo, segun las versiones de la Biblia y las relaciones de muchos historiadores antiguos, las langostas no se complacen en recorrer mas que ciertas latitudes. Rara vez se presentan en el Occidente ni en el Norte de Europa, y hay quien dice que hasta 1831, época del cólera-morbo, no se habian visto las langostas en las márgenes del Vistula.

Se ha observado que estos insectos llevan cifras parecidas á los caracteres hebreos, pintadas en sus alas, y esta singularidad de que los rusos no hablan sino con terror, tiene alguna relacion con el modo con que la aparicion de dichas langostas se ha ligado á las tradiciones judías del Antiguo Testamento.

Las langostas, aterrando siempre á los habitantes de los paises que recorren, viajan en tan inmenso número, que á veces se las ha visto al caer, cubrir el suelo formando unas sobre otras una capa de un pié. Los árboles mas robustos ceden á su peso antes que las hojas hayan desaparecido bajo sus crueles mordeduras, y entre estos enormes grupos se ve siempre al mirlo-rosa, pájaro raro en nuestro clima, que solo se presenta con las langostas, no como amigo, sino para hacerlas una guerra mortal. La tradicion aceptada de los ornitólogos supone que el color de rosa peculiar á este pájaro entre todos los del globo, proviene de la sangre de que se alimenta á espensas de dichos insectos.

Algunas veces sucede que las langostas ponen sus huevos en la gran calzada de que hemos hablado al principio de este artículo, y ¿se creará que hasta en el mismo instante en que las nuevas langostas salen del cascaron es casi imposible impedir su desarrollo? Rios de mas de una legua de anchos han sido impotentes alguna vez para detener el paso á los jóvenes insectos que, desprovistos todavía de alas, se aglomeran y forman sobre el agua una especie de almadraba, que á pesar de todos los humanos esfuerzos llega al otro lado del rio. Es que allí está la mano de Dios que nada contiene ni atempera cuando ha señalado para las razas humanas la hora del castigo. Las invasiones de las langostas y los temblores de tierra son las dos calamidades á que se hallan mas frecuente expuestos los moldo-valacos.

#### TIRGOWIST.

Del mismo modo que despues de los cuarenta dias del diluvio universal, el arca de Noé se detuvo en las montañas de Armenia por el decrecimiento de las aguas, así en los primeros dias señalados para ese reflujo de la raza humana que un poder invisible habia lanzado hácia el Occidente, la ciudad de Tirgowist, capital mucho tiempo de la Moldo-Valaquia, y arruinada hoy, vino á ser el asilo donde se detuvieron en estado ya de sociedad política constituida los romanos descendientes de las legiones de Trajano, dacios de Decébal, hunos de Atila, sármatas y godos venidos del Norte, bárbaros de todas las formas, de todas las emigraciones, y en fin mongoles de Gengis-Kan, formando allí como en el seno del arca mencionada una muestra curiosa de cada una de dichas razas sobreviviendo al torbellino de la especie humana durante los ocho últimos siglos.

Tirgowist fué mucho tiempo, como capital, la residencia de los príncipes *rumuns*, uno de los cuales feroz como Neron y voluptuoso como Sardanápalo, quiso probar en un festin su doble descendencia asiático-romana. Mandó para ello que se prendiese fuego al palacio en que se verificaba la orgía, y tanto él como sus numerosos convidados quedaron reducidos á cenizas.

Voltaire en su historia de Carlos XII dice que fué en Tirgowist donde se detuvo el héroe sueco, apareciendo nuevamente como rey despues de su cautividad en Bander, y allí en medio de los acontecimientos militares que tenian lugar en el Norte, tomó la resolucion enérgica de dejar por un momento su séquito de monarca para satisfacer su afan de guerrero.

Oigamos al célebre historiador.

« Cuando el rey estuvo en Tirgowist, dice, reunió á los que le seguian en una granja, donde les dijo que no tuvieran cuidado respecto de su persona, y que tratasen de presentarse lo mas pronto que les fuera posible en Stralsund (Pomerania), en los bordes del Báltico, á unas trescientas leguas del punto en que se encontraban.

» Solo quiso que le siguiera Daring, y se separó alegremente de los demás, dejándolos á todos admirados, intranquilos y tristes. Púsose una peluca negra para disfrazarse, un sombrero bordado de oro, una levita gris y una capa azul, tomó un nombre supuesto, fin-

giéndose oficial alemán, y corrió en posta con su compañero de viaje.

» Evitó cuanto pudo en su camino poner el pié en los dominos de sus enemigos secretos ó declarados, atrevió la Hungría, el Austria, la Baviera, el Wutemberg, el Palatinado, la Westfalia y el Meckelburgo, dando la vuelta á casi toda la Alemania y andando doble camino del que debia. Al cabo de la primera jornada, el joven Daring, que no estaba dado á las fatigas excesivas como el rey de Suecia, se desmayó bajando del caballo: el rey, que no queria detenerse un momento, preguntó á Daring cuando volvió de su desmayo, cuánto dinero tenia, y contestando este que le quedaban unos mil escudos en oro, « Dame la mitad, dijo el rey; veo que no te hallas en disposicion de seguirme, y será preciso que yo concluya solo mi camino. » Daring le rogó que se dignase descansar siquiera tres horas, asegurando que al cabo de este tiempo él se hallaria en estado de poder montar otra vez á caballo y seguir á Su Majestad; suplicó al rey que pensase en todos los riesgos á que se exponia; pero el rey, inexorable, tomó los quinientos escudos, y mandó preparar los caballos. Entónces Daring, espantado de la resolucion del rey, puso en juego una inocente estratajema; llamó á parte al posadero, y señalándole al rey de Suecia, le dijo: « Este hombre es un primo mio, viajamos juntos y con el mismo objeto, pero él no quiere concederme tres horas de espera, sin embargo de verme enfermo, por lo cual deseo que le deis el peor caballo de vuestra cuadra, buscando para mí una silla ó carruaje de posta. »

» Puso dos escudos en la mano del posadero, que cumplió al pié de la letra todo lo que se le habia mandado, empezando por dar al rey un caballo débil y cojo. Partió el monarca á las diez de la noche, solo, en medio de la lluvia, la nieve y el viento. Su compañero de viaje, despues de haber dormido algunas horas, se puso en camino, en un carruaje tirado por magníficos caballos; de modo que á pocas millas de distancia y á eso del amanecer, logró encontrar al rey de Suecia que, no pudiendo ya hacer andar á su caballo, continuaba á pié su viaje.

» Vióse pues obligado á entrar en el carruaje de Daring; durmió sobre la paja y continuaron luego los dos su camino corriendo á caballo de dia, y durmiendo en un carro de noche, sin detenerse en ninguna parte.

» Despues de diez y seis dias de marcha, no sin peligro de ser detenidos mas de una vez, llegaron por fin á las puertas de la ciudad de Stralsund á la una de la noche.

» El rey dijo al centinela, que él era un correo de Turquía, portador de un despacho para el rey de Suecia. »

Hasta aquí Voltaire: digamos ahora nosotros que en Bucharest, en la posesion de M. Miguel Ghyka, hermano del viejo príncipe reinante, existe una enorme espada encontrada en Tirgowist y sobre la cual se halla la siguiente inscripcion en todas sus letras:

CAROLUS XII, SUEGORUM REX !.....

P. B.

#### Estudios de mujeres.

##### I.

Conservad, María, esa naturalidad, ese aire sencillo que acompaña vuestras acciones, y que es tan agradable en vuestros discursos. Dejad á otras, menos amables que vos, el cuidado de la coquetería, y la ardiente diligencia de triunfar. Que espiren en vuestros dinteles las intrigas del mundo, el ruido de los mentidos placeres, las tempestades que subleva el amor propio. Vuestros deseos se encierran en una familia dichosa; vuestro corazón se para y reposa en ella; dicen que vuestra imaginacion languidece ahí; es verdad que no sabeis lo que se aprende tan ansiosamente en otras partes, que las novelas antiguas y modernas os son desconocidas, que no habeis visto la impúdica Vacante, esculpida en mármol, que las estrepitosas orquestas tocan lejos de vos sonatas muy complicadas; es cierto que las revoluciones os sorprenden, y que ignorais á veces hasta los nombres de nuestros mudables señores. Pero esto no obstante, vos sabeis, María, los mas secretos sentimientos de aquellos á quienes amais; os esforzais en adivinarlos para satisfacerlos; derramais en su existencia un encanto inagotable; vuestro corazón, mezclado con vuestra inteligencia, inspira á esta las mas dulces ilusiones, los pensamientos mas tiernos. Guardad, María, esa naturalidad.

##### II.

Bella, sencilla y modesta, Georgina se adelanta con serenidad, á la vista de mil rayos que parten de todos los ojos. Su boca, todavía infantil, es burlona cuando se sonríe. Semejante á un gato joven, juega con cuanto se la presenta, y se entrega inocentemente al placer sin la menor reserva. La naturaleza, que no la ha perfeccionado todavía, deja ver en su rostro la estacion de que sale junto con aquella en que entra; sus labios y su sonrisa pertenecen á una edad; sus ojos rasgados y su noble frente á otra; la infancia y la adolescencia se confunden en su fisonomía, como la aurora con el dia en las rosadas tintas de la mañana; el sol del amor que

ha de iluminarla no ha encendido aun sus miradas, y cuando no la agita la alegría de la infancia, Georgina, inmóvil, se parece á una virgen de mármol, que aguarda para animarse el fuego sagrado. Los que la contemplan, seducidos dulcemente por sus incompletos atractivos, no saben si deben desear que la hermosa criatura se conserve en este feliz límite de las edades, ó semejante á la esperanza en los umbrales del porvenir, ó que la naturaleza, alejándola para siempre de la infancia, acabe de perfeccionar su maravillosa obra.

##### III.

Clara se fastidia. El bosque reverdece á su alrededor, y sus jardines le prodigan blandos perfumes. Ella navega por el rio que lame los muros de su casa. Ella ve como se levanta la luna dulcemente sobre un risueño paisaje. Pero Clara se fastidia. Ella borda al lado de su madre; ella abre su clavicordio con mano distraida; ella sueña con la ciudad populosa; ella codicia una amable compañía. ¡Ah! ¡Clara! tenéis quince años.

Ella se sienta una noche á una mesa mas numerosa, y viéndola cubierta de flores y de frutas, prefirió las flores, y entre estas el azahar, cuyo perfume no cesó de respirar, al tiempo que lo llevaba á sus labios. ¿Ha pensado quizá que el azahar corona á las esposas jóvenes, y que adorna su palpitante seno?

Clara no tiene apetito, y mira constantemente á un solo convidado; suspira, se levanta, y corre á prodigar sus caricias á los niños de la mesa inmediata. ¡Ah! ¡Clara! tenéis quince años.

Los dias son largos; las noches son largas; el estío le parece eterno, y el invierno, que debe conducir á la ciudad, no llega. Ella pregunta: ¿cuándo concluirá el verano? ¿cuándo llegará el invierno? Pero el invierno no está todavía cerca. Las mieses embellecen los campos; la yerba de los prados se levanta; el río se ve surcado por barcas, ó dividido por el brazo de los nadadores. El sol está elevado, y abrasa; no se oye otro ruido que el de los pájaros; no hay mas amores que los suyos. La naturaleza vive tranquila y dichosa; y Clara languidece, Clara se fastidia.

##### IV.

Un deseo vivo, atrevido, insolente se lee en los ojos de Fileta, que acaba de salir de la infancia; las flechas del amor pagano no son mas rápidas que sus miradas, que atraviesan á los hombres; los rasgos exteriores de la mentira aparecen en su rostro, y no diré, sin que todos me comprendan, que una nariz aguileña, hácia la cual se inclinan á veces sus ojos, es indicio de su naturaleza maliciosa, inflamada ya por el placer.

##### V.

El alma tiene como el cuerpo reductos muy secretos, que se deben tener ocultos, ó no descubrirlos mas que en el santuario de la amistad, ó en el natural abandono del amor. Felisa, que sabe mucho, ignora esto, y por esta ignorancia echa á perder sus gracias. Tanta imaginacion, tanto talento, tales encantos, su talle, su figura, su voz, todo aparece demasiado en ella, y apareciendo ménos, apareceria mejor. Entre la multitud se la hubiera distinguido: sale de ella, se adelanta, se destaca; parece que se presenta á singular combate; su ardor la vende, su vanidad la impele, su audacia la compromete. Un poco contenida iba á agrandar, tocaba la meta; la salva.

Felisa entra en una sociedad: se pone en escena y toma el principal papel; se anuncia al público, y dice como los personajes de la tragedia griega: yo soy Cefisa; y la turba galante la rodea. Lastima á todas las mujeres cuando pasa, atrayendo á los hombres, como hace un pescador con los peces gordos. Se sienta al piano y canta; y canta con mil intenciones palabras provocativas. ¡Felisa! ¿no provocais toda la adoracion y toda la desgracia de un esposo? Él no os abandona, os mira con ojos dulces y amorosos, sin apartarlos un instante de los vuestros. El se sujeta á vuestros caprichos, y os prepara los triunfos. Pero os reis, y le hablais como le habla á su padre una niña mimada; le hablais demasiado recio, ¡Felisa! os oyen. ¿No lo temeis en casa? Tomais á la multitud por auxiliar contra él, y le cortais las uñas en su presencia á este rugiente leon. Ejercéis sobre él el atrevido poder que vuestras costumbres dan á las mujeres, en sociedad; haceis vuestro yugo demasiado pesado, él grita, ¡Felisa!

¿Qué es lo que no mostrais en vuestra conversacion? porque vuestro entendimiento os lo hace penetrar todo, vuestra imaginacion os representa todo, pero vuestro gusto no se para á escoger y os lleva á un mundo novelesco.

El teatro es vuestro terreno, porque allí no se canta mas que el amor. Deseariais el campo, donde los pájaros gorgoran, si un compañero importuno no siguiera vuestros pasos. Todo os convida á amar.

¿Habrais sentido, en el fondo, que esa coquetería, que ese amor propio, en cuyo altar quemabais incienso, son vanos, y se ahogarian en el amor grande, como se pierden los riachuelos en un rio majestuoso? Que el festin se prolongue, que se derrame el vino, vuestros ojos se encienden, ¡Felisa! vuestra imaginacion cabalga en la quimera. ¡Ah! os secáis, y por un error capital, juzgando á todos los hombres poseidos de un ardor caballeresco, querriais ser amada de ese modo. ¡Felisa! así lo dais á entender. No tenéis el pudor del alma.

VI.

Julia tiene hijos; pero se ignora que tiene un marido; será tal vez ese hombre bueno y natural que se sienta á su mesa, pero que no ocupa en ella el lugar del dueño? Parece que come en casa de otro, en casa de su mujer, no en la suya. El habla en voz baja, y se ve que sus palabras no tienen curso ni crédito. Nadie lo escucha. Habla con discrecion, con gracia, pero Julia mira á otra parte, y lo mismo hacen sus hijos y sus convidados. El amigo de la casa le contenta alguna vez, como haciéndole favor. Al postre se levanta, y fuma en algun rincón, mientras Julia recibe sus cortesanos.

El tiene la habitacion mas pequeña, la mas baja, la mas estrecha, la ménos cómoda, la que ocuparian los criados á falta suya. Una cortina amarilla decora su triste lecho.

Yo deseo que guste de la sencillez, y que se acostumbre á no tener fuego: su chimenea está cerrada.

¡Pero Julia! eso es demasiado: vos nadais en el lujo, y os acostais entre cachemires y encajes que adornan vuestra graciosa cara; un dulce calor se siente en vuestra habitacion.

Un día fueron juntos á casa de una amiga; él sacó su pañuelo, y al verle con un grande agujero, esta amiga dijo á Julia: ¿Es ese el cuidado que teneis de vuestro esposo? Sus hijos lo sufren como un padre que los avergüenza, cubren sus entradas y salidas con discrecion, y le hablan con indulgencia y no sin ternura; porque él es bueno; fué valiente, y lleva con el honroso distintivo, heridas que no se han cicatrizado. Hay mucho que amar y alabar en él. ¿En qué consiste Julia, que vos lo abandonais? Pero yo no quiero sondear los misterios de vuestro corazón; y vos misma sois buena y humana. ¿Cuándo os desengañaréis y comprenderéis que ganais muy poco en ocupar el puesto del que os da su nombre?

VII.

Marcela se da priesa para arreglar y dejar su casa al amanecer, y no vuelve hasta por la noche. Ella hace cien visitas, se informa, se ocupa de Matilde, de Jacoba, de Casilda, de sus padres, sus esposos, sus hermanos, de los que están presentes, de los que están ausentes, en el ejército ó la marina, de su salud, fortuna, pleitos y penas, escucha los cuentos, se conmueve, llora y se consuela; da consejos, cuida enfermos, designa un cirujano, juzga una nodriza, consulta y pronuncia: y con la imaginacion llena de todo lo que ha visto, oído y sentido, vuelve cansada á casa, donde repuesta de sus fatigas, hace la descripción de los trabajos del día.

Demasiado preocupada con estos grandes sucesos, participa poco de las dulzuras del hogar doméstico, y trata con aspereza á los suyos, á quienes quiere, pero que no educa, por la necesidad que tiene de salir á la ventura, á recibir fuera parabienes en los teatros, donde se presenta, como mujer de mérito, para ser aplaudida, en tanto que su vivienda le parece un poco oscura.

Marcela descuida los suyos, y se prodiga á los extraños como el soldado que abandona su puesto sin gloria, pero útil á su patria, y va á buscar al extranjero misiones extraordinarias y brillantes.

VIII.

Rafaela es sensible; ha amado, y las pasiones han fatigado su corazón. Un carácter novelesco la ha hecho salirse del buen camino. No obstante la ternura maternal la ha vuelto á poner en él. Ella no ha abandonado completamente la afición á lo extraordinario y á lo que exalta, y excita sin cesar la imaginación á fin de encender el corazón; pronto llega á verter lágrimas, porque es mas sensible que buena. Esto consiste en que las pasiones desarrollan en nosotros las raíces del egoísmo, que crece pronto, como la mala yerba, y se desarraiga, como ella, con dificultad. Estas tempestades contristan por último el ánimo, y le comunican la imperiosa necesidad de la desolacion. Rafaela la satisface con los disgustos domésticos, los de sus parientes, y los públicos.

Ella siente algunas reminiscencias sentimentales, y yo he leído una carta suya llena de letanías amorosas, de un estilo oscuro y ardiente, que escribió á un joven, por quien su corazón se derretia, á pesar de que ya habia ella perdido su juventud.

IX.

Rosa, ruin, tramposa en el juego, avara, usurera, pleiteosa, cuidó tiernamente de su hija adorada, muerta en la flor de la edad, y tuvo un gran sentimiento por su pérdida, de la cual la consolaron su carácter violento, la versatilidad de sus gustos, el juego, los pleitos, el rapé y la usura; apasionada encarnizadamente de los negocios y los placeres, exagerada en todo, coqueta, inconstante, comprometedora, sin principios, sin decoro, consumada en las cuestiones de interés, abrigando en el fondo de su corazón un amor eterno á su hija, á quien ha llorado en la mesa y los placeres, vestida de oro y azul, Rosa ha conservado una energía viril, que hace sospechar que tiene el diablo en el cuerpo.

X.

Ana, casi septuagenaria, conserva en su fisonomía y en su persona las huellas de una belleza singular; pero la belleza del cuerpo se borra, y la fealdad del alma persiste: esta es Ana en dos palabras. En otro tiempo contaba el número de sus días por el de sus placeres, sin descuidar los negocios: voluptuosa, pero interesada, no tuvo mas que intrigas en altos lugares, de esas intrigas que producen, y que aprovecharon á su familia, su marido y sus hijos, al paso que servian secretamente sus amores. Tenia una sonrisa dulce para entablar las cosas, y ojos tiernos para llevarlas á cabo; insinuante, cortesana entónces, flexible y gazmoña hoy, la envejecida coqueta pinta la contrición en sus labios, é inclina á veces sus ojos con un aire de resignacion en la voluntad del cielo.

El diablo se hace ermitaño, malo seguramente, y Ana se hace devota. No se oyen en boca de Ana mas que palabras benévolas; ella calculó con exactitud lo que estas pueden producir; mas que máximas decorosas; ella sabe lo que se oculta entre los pliegues del decoro; mas que elogios de las virtudes de su tiempo; ella miente desvergonzadamente y con el aire de una matrona. Pero la vejez chochea, y semejante al lobo que enseña la punta de la oreja, Ana ha dejado caer alguna vez la careta: el insaciable interés, la lasciva coquetería, la abrasadora pasion, asombran al observador que le dice: «Señora, poned la máscara; ¡en nombre del diablo! ponéosla.

Presuntos descendientes de los Aztecas.

Dos jóvenes extraordinarios, procedentes de una region desconocida del centro de la América, han excitado vivamente estos días la curiosidad pública en Londres. Hasta ahora solo los han visto la reina, á quien fueron presentados, y algunas personas privilegiadas; pero á estas horas tendrá todo el mundo ocasion de examinarlos.

El profesor Anderson que los acompaña, cree que el varon tiene diez y siete años, y la niña once. Es bastante difícil fundarse en la apariencia de la figura de estos enanos; pero un exámen medical parece que confirma en todas sus partes la suposicion de M. Anderson.

El muchacho tiene un tipo de fisonomía muy marcado. Su frente puntiaguda y su nariz aguileña lo asemejan mucho á un pájaro. La mandíbula superior domina mucho á la inferior. Cuando tiene la boca cerrada, los dientes de abajo tocan casi el centro del paladar. A primera vista, esta figura parece idiota; pero examinándola con atencion, se descubre una grande inteligencia en el juego de esta fisonomía y en sus hermosos ojos, claros y brillantes.

Apénas entra una persona extraña en el cuarto, el joven corre á él con un lapicero y papel para rogarle que dibuje alguna cosa; á la música le tiene igual afición. La niña tiene el mismo tipo que su compañero, aunque ménos pronunciado, acercándose mas al de los judíos.

Estos enanos tienen cerca de tres piés de altos, y están perfectamente conformados; la historia que se refiere, segun se dice, á su origen, es muy digna de atencion. El país de donde proceden sirvió segun toda probabilidad, de refugio á los aztecas, arrojados de Méjico por la espada victoriosa de Hernan Cortés, y sobre los cuales han hecho minuciosas investigaciones Prescott y Stervens. Estos muchachos se parecen mucho á las figuras esculpidas que provienen de estos pueblos. Durante su residencia en Nueva-York abrazaron con entusiasmo un antiguo idolo mejicano que les presentaron. El idolo se rompió, y el muchacho tuvo un sentimiento muy grande y violento. Se cree que estos jóvenes pertenecian en su país á la raza de los grandes sacerdotes, y quizá hasta eran adorados como dioses. Cuando se sientan, toman en seguida la postura de los ídolos mejicanos, y lo hacen tan naturalmente, que se ve que esta posición les ha sido familiar desde su mas tierna infancia.

En virtud de todos estos detalles, es casi seguro que estos muchachos pertenecen á la raza de los aztecas. He aquí ahora lo que cuentan los que los han traído á Inglaterra:

En 1848, M. Huertis, de Baltimore, y M. Hammond, del Canadá, intentaron penetrar en el centro de América. Habian leído lo que M. Stevens refiere de una conversacion que tuvo con un sacerdote habitante de Santa Cruz, de Quiche, acerca de una ciudad desconocida, con alminares y cúpulas, mas allá de la cadena de Sierra-Grande, y que este sacerdote habia apercebido desde lo alto de uno de los picos de estas montañas. Segun el cálculo de este sacerdote, esta ciudad, sus habitantes y sus trajes tenian el carácter del siglo de Motezuma. MM. Huertis y Hammond llegaron á Beliza en el otoño de 1848, y á Coban por Navidad. Allí se les juntó un español de San-Salvador, llamado Pedro Velazquez, y comenzaron á buscar la ciudad misteriosa. Por este último hemos sabido algunos detalles de este viaje, porque MM. Huertis y Hammond no han vuelto de la expedicion.

El 19 de mayo llegaron á la cúspide de la Sierra, á 9,500 piés de elevacion al 15° 48' de latitud Norte; des-

de allí vieron una ciudad con cúpulas y alminares del estilo egipcio, á 25 leguas próximamente en la direccion del rio Lugartos. Llegaron por fin á ella, y encontraron una ciudad soberbia, con murallas, fortificaciones, templos, estatuas gigantescas, y todos los atributos del paganismo. Los habitantes tenian los usos del Perú, y la magnificencia asiria; viven encerrados dentro de sus muros, y no quieren tener relaciones con el resto del mundo. El nombre de la ciudad es Iximaya. Los viajeros averiguaron que habian llegado hasta allí hombres blancos; pero que no habian vuelto jamás. Hammond y Huertis fueron muertos; el primero entrando en la ciudad, el segundo intentando salir.

Velazquez fué mas feliz; consiguió que le perdonaran la vida, y algun tiempo despues logró escaparse, trayéndose consigo los dos muchachos de la casta de los sacerdotes, que son los que se hallan actualmente en Inglaterra.

Pensamientos.

Aquella especie de ignorancia que consiste en hacer falsos juicios sobre las cosas, es un defecto que debe graduarse de otro modo que la ignorancia, que consiste simplemente en no saber nada. No es la privacion entera de los conocimientos lo que temerse debe, es el error.

Un error capital cunde con mas facilidad que una verdad fundamental, porque es mas fácil creer que discurrir, y los hombres prefieren los portentos de las novelas á la sencillez de la historia.

La razon y las preocupaciones son dos líneas divergentes que no pueden encontrarse en ninguno de sus puntos.

Una vez que la supersticion ha gangrenado el cerebro, la enfermedad es casi incurable.

Todo lo maravilloso sorprende, y una vez preocupada la imaginacion, ya no se usa del juicio.

Los conocimientos hacen á los hombres dulces, la razon conduce á la humanidad, y las preocupaciones solas hacen que se renuncie á ella.

Laconi.—Isla de Cerdeña.

Un viajero de mucho talento resumia, hace veinte años, su descripción de la isla de Cerdeña en los términos siguientes:

«La Cerdeña posee dos maravillas principales en su género: la gruta de Alghero, la reina de las grutas; y el bosque de naranjos de Milis, al que no pueden compararse las playas de San Remo, Saló y Gaeta.

»El punto de vista de Cagliari es á la vez singular y magnífico; el nuevo museo fenicio, único de su clase, contiene las mas remotas antigüedades religiosas.

»El pueblo sardo, es á mi parecer, hoy el mas pintoresco de Europa, y sus fiestas de mayo numerosas y admirables. En fin, para decidir á viajeros que sean indiferentes á tan diversos atractivos, la Cerdeña es uno de los primeros países del mundo para la caza, y en ninguna otra parte se come tan copiosamente.»

Tal anuncio era muy á propósito para excitar la curiosidad de toda clase de viajeros, si M. Valery no hubiera hablado «de la fatiga del viaje que se tiene que hacer á caballo por malos caminos.»

Por causa sin duda de estas dificultades exageradas aun en 1830, la Cerdeña es relativamente un país desconocido, y los aficionados á grandes emociones van todavia á Egipto, los Andes y el Himalaya á buscarlas, sin sospechar que tienen mucho mas cerca valles tan salvajes y pintorescos quizá como los de la India; monumentos tan antiguos y misteriosos como las pirámides; tribus tan sencillas como las de Chile y Bolivia.

Hoy el viaje á la isla de Cerdeña es facilísimo, gracias á las medidas tomadas en 1848; en Cagliari y Sassari se hallan buenas posadas, y albergues regulares en los pueblos cruzados por los nuevos caminos, sin que por eso haya disminuido la hospitalidad de que habla M. Valery, porque la mayor parte de las familias que lo recibieron en su casa en 1848, se complacen en recibir hoy con la misma amabilidad á cuantos desean acogerse á sus hogares.

Para precaver todavia mas á los viajeros contra los falsos inconvenientes de tal viaje, vamos á trazar en pocas líneas las principales diferencias entre la Cerdeña actual y la de 1830. En primer lugar existe hoy un excelente mapa en grande escala, publicado en 1840 por el general Alberto de la Marmora, en el cual puede estudiar el viajero de antemano todos los movimientos de su campaña, y combinarlos de la manera mas ventajosa, fundándose en el conocimiento exacto de los lugares que se propone recorrer; despues hay cada cinco dias salida desde Génova; en 24 horas se llega á Portotorres (el puerto de Sassari); en 40 ó 45 en Cagliari; el buque que parte de Génova el 23 de cada mes, toca en la isla de la Magdalena; todos los buques que van y vienen á Cagliari, se detienen en la rada de Tórtoli, cerca del cabo de Bellavista. Un barco especial parte de Cagliari á principios de mes, y toca en la isla de San Pedro, en Oristano y Alghero, de modo que se puede

visitar fácilmente por mar todo el litoral de la isla.

Con respecto á los viajes por tierra, además de las diligencias que hacen diariamente el servicio por el camino real longitudinal, se hallan en Cagliari y aun mas en Sassari carruajes de alquiler á precios moderados. El viajero que adopte este último modo de locomoción, podrá visitar sucesivamente, yendo de Norte á Sur, Alghero, Ozieri, Bosa, Macomer, Nuovo (1), Milis, Cabras, Oristano y la espaciosa llanura que se extiende hácia Cagliari. Igualmente podrá ir desde esta ciudad á Domus-Novas y á Iglesias, el Tivoli y el Cintra de Cerdeña, que no son inferiores en nada á estas localidades clásicas, ni por el lujo de la vegetación ni por la abundancia de las aguas; por último, un buen camino que irá á parar á Nuovo por una parte, y á Tivoli por otra, puede desde hoy conducir al viajero que no quiere dejar su carruaje hasta el valle del Flumendosa.

Preciso es decir que las partes mas pintorescas de la isla son las mas salvajes en las cuales no se podrá penetrar en mucho tiempo mas que á caballo; los caminos están allí en su estado primitivo, y escasamente merecen otro nombre que el de sendero; pero el caballo sardo no ha perdido su agilidad y firmeza de piernas, y aunque el viajero pueda vacilar al principio á la vista de groseras escalinatas, practicadas en piedra viva, dos ó tres dias de ejercicio le inspirarán confianza, y así se entregará ciegamente á su caballo á través de los pasos mas peligrosos. Nosotros hemos visto señoras que habian llegado hacia poco de Tierra Firme, siguiendo sin dificultad la caza en los bosques del Sarcidano, montadas en caballos del país. Por lo demás, escogiendo bien los puntos de partida, se puede visitar lo mas pintoresco de las montañas sardas en dos jornadas á caballo, y todo lo mas en cuatro; en dos dias se puede ir de Bosa á Milis, atravesando los soberbios bosques y el cráter de Monte-Ferro, al cual no le falta mas que un poco de humo en la cima principal para ser un *fac-simile* del Etna; en dos dias igualmente se puede ir desde Iglesias al valle de la Canónica, ver las ruinas románticas del tempelcito romano de la selva de Antas, y llegar por Flumini y Villacidro á la colonia agrícola de San Luri, donde su director el conde de Retz se complace en ofrecer de la manera mas amable la hospitalidad sarda. Tres ó cuatro dias bastan para ir de Sassari á Ozieri, pasando por Tempio, y visitando así lo mas salvaje de la provincia de Gallura.

Laconi, á donde se puede ir hoy en carruaje, es el punto natural de partida de todo viajero que quiere penetrar en esta parte mas montuosa de la Cerdeña, que se envanece de no haber sido subyugada ni por los romanos ni por los cartagineses, y cuyos habitantes se dan todavía el nombre de *Barbaricini*. Laconi está colocado como Clermont en Auvergne, Stirling ó Dumbar-ton en las Altas Montañas (Highlands) de Escocia, Chamuny ó Curmayer en el Monte Blanco. Cierto que el Genargentu no puede rivalizar con el gigante de los Alpes; pero si se hace abstracción de los hielos y nieves, los valles de la Barbagia no tienen nada que envidiar, en la belleza de los sitios, el lujo de la vegetación y la frescura de las aguas á los de Saboya y la Escocia.

En cuatro ó cinco dias se puede dar la vuelta del Genargentu, pasando por Ariztu, Fonni, la garganta de Cor-el-Boi, la roca de Perdaliana, para regresar á Laconi por Senlo, y las montañas del Sarcidano.

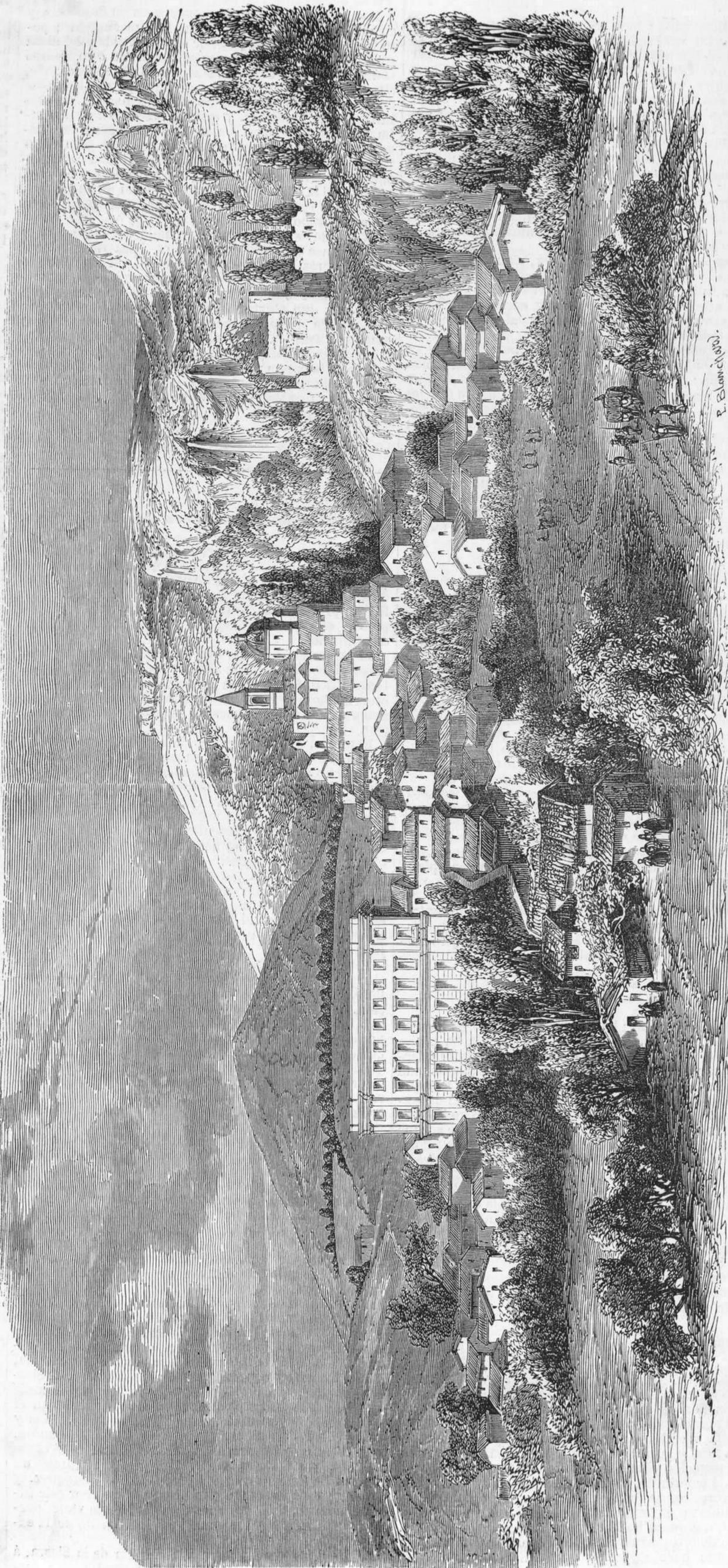
Desde Ariztu se puede subir á caballo á la cima mas elevada de la isla (1917 metros). Nada iguala la belleza de los bosques que se recorren en este viaje; las verdes encinas juntas las unas con las otras, se levantan allí á la altura de los mas elevados álamos; los brezos embalsaman el aire con su perfume delicado; el suelo esmaltado de ciclaminos y peonías, se ve hozado por el diente del jabali, que se oculta al sentir el ruido del pasajero, al paso que las manadas de ciervos y gamos huyen del alcance de su escopeta, y se detienen en un raso, viéndolo pasar con poco asombro.

El flúmen Dossa y sus afluentes son tan abundantes en pescados como el monte en caza; y el cura de la parroquia á que acuda el viajero por albergue no dejará de tener en su mesa ricas truchas, sazonadas de diferentes maneras.

Así pues, ninguna dificultad se opone hoy á un viaje á Cerdeña; lo único que hay que recomendar es el escoger bien la época de ponerse en camino; el verano y el otoño son peligrosos para el extranjero; las montañas no son accesibles ni están adornadas con su hermoso encanto de verdura durante el invierno; en la primavera es cuando se debe visitar la Cerdeña; destinando el mes de abril para los valles y las ciudades para recorrer despues las regiones montuosas con la seguridad de emplear bien ocho ó diez semanas. La vuelta del Genargentu á fines de mayo ofrece emociones que no se pueden olvidar, y que bastan por sí solas para compensar todas las fatigas del viaje.

A este artículo acompaña una vista de Laconi como muestra de lo que ha de encontrar el viajero en las montañas de Cerdeña; el palacio que campea en el centro del pueblo es la residencia de verano de una de las mas amables y hospitalarias familias de su isla; las ruinas y las cascadas que se ven á la derecha, están enclavadas en un vasto parque, plantado recientemente por el marqués de Laconi. Quizá esta vista justificará la opinión de un paisajista, amigo nuestro, que no duda en declarar que las *Highlands* de la Cerdeña serán un dia la California de los artistas.

(1) El camino de Macomer á Nuovo no está enteramente concluido; pero debe de estarlo para el próximo año de 1854.



Laconi. — Isla de Cerdeña.

P. Blonichard.

1

Pesca en las costas del canal de la Mancha.

Para nada son tan útiles las playas como para la pesca. Franklin decía : « El hombre que saca del agua un pescado, puede decirse que saca una moneda, » y este pensamiento es verdadero para el pescador de playa que, privado de los placeres de las ciudades, y careciendo frecuentemente de lo necesario para vivir, encuentra en la pesca una diversion y una recompensa.

En las costas arenosas, el marino hace la pesca de un modo particular, que consiste en tender en la marea baja unas redes colocadas sobre unos palos de la altura de tres piés, y dispuestas en un espacio semicircular de unos cien metros de extension, dejando la abertura en la falda interior. El agua cubre las redes subiendo; el pescado al bajar con el reflujo se golpea contra dicho aparato sin encontrar la salida, y cuando la marea baja lo permite, el pescador pasa á recoger su presa sin inconveniente.

Todavía hay otro medio de pescar con el auxilio de la marea baja, el cual se verifica extendiendo una gran red en la parte inferior de la corriente; despues remontándose hácia arriba, el pescador recorre la extension de su red en todas direcciones cantando, dando gritos y sacudiendo el agua con palos. Baja entónces la red, y luego la saca, seguro de llevar en ella una buena carga de peces. Pero suele suceder que viene alguna vez un desastre para el pobre pescador, y es cuando una foca ú otros peces fuertes y feroces caen en la red, en cuyo caso la desgarran para escaparse, dejando al mis-

mo tiempo paso á los pescados que una vez cogidos ya no hubieran podido escaparse. Este desastre se repara pronto; pero el sentimiento que produce dura mucho tiempo.

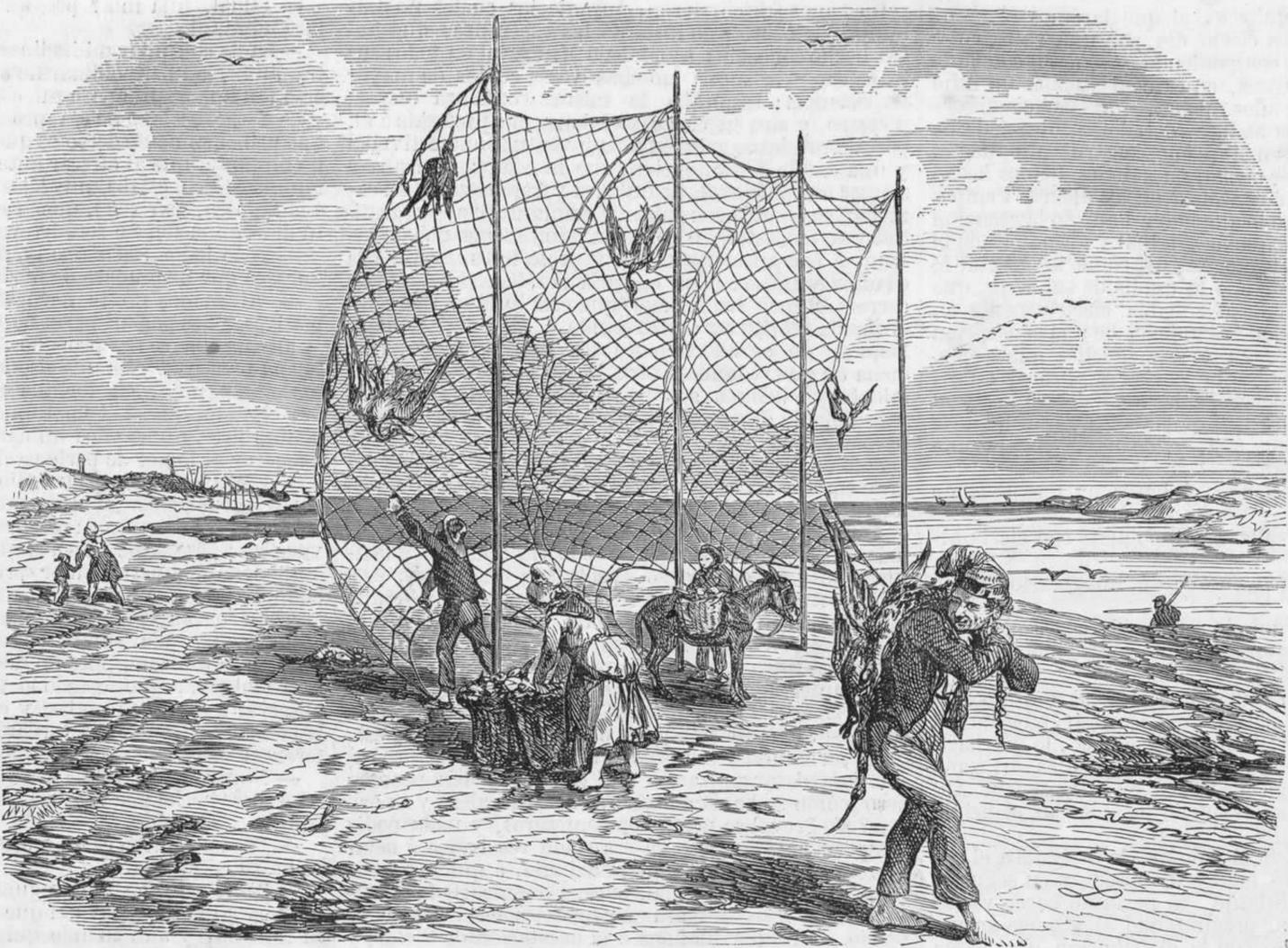
Las platijas se cogen por medio de largas cuerdas, guarnecidas en toda su extension de cordelitos, cada uno de los cuales tiene al remate un anzuelo. Tiéndense estas cuerdas en la parte baja del agua, y por lo comun este trabajo no es infructuoso.

La pesca de las langostas y cangrejos de mar es mas sencilla todavía; generalmente se dedican á ella las mujeres y los niños, y se hace tambien por medio de una red de bolsas, sujeta por un lado á un palo mas ó ménos largo. Los cangrejos y langostas que andan so-

chasco, pues la red suele romperse y los peces y las aves encuentran su libertad y su vida.

Para los volátiles se tiende verticalmente una red, dispuesta de un modo particular, y á la que dan en Francia el nombre de *flairon*, la cual se hace á grandes puntos de malla, y debajo de ella suelen cobijarse, principalmente en las noches oscuras, muchas aves cuya venta compensa bien el valor de los hilos que se rompen.

Estas aves son gansos, patos, chorlitos, etc., que se cazan mas fácilmente que nunca en las noches oscuras y frias del invierno, así como la pesca se hace con mas provecho en el verano; de modo que los pobres que habitan en las cercanías de la playa tienen todo el año entretenimiento y recompensa.



Pesca de los patos.

bre la arena húmeda van á parar á la red, quedando allí la mayor parte.

En las costas roqueñas no hay mas que dar vuelta á las piedras de la playa para hallar casi siempre debajo alguna langosta ú otros crustáceos dignos de una mesa bien servida.

El marino no es solamente pescador, sino cazador tambien. Cuando quiere coger aves acuáticas, escoge un sitio á propósito, de aquellos en que dichas aves buscan su alimento; tiende allí sus redes horizontalmente sobre unos palos como de unos tres piés de altura. Las aves bajan al ver los moluscos debajo de la red, y allí quedan prisioneras para que las recoja el pescador cuando ha bajado la marea, ni mas ni ménos que como si fueran peces.

¶ Pero tambien aqui sucede algunas veces que el pescador se lleva



La pesca en el canal de la Mancha.

### El puente de arena.

Un distinguido arquitecto, al que daremos el nombre de Preval, pasaba cierto día por una calle, cuyo empedrado se estaba componiendo, y se detuvo delante de un montón de arena, en el cual jugaba un niño como de once á doce años. El juego que parecía absorber completamente la atención del adolescente, nada de extraordinario tenía en sí mismo; construía un puente, cosa muy sencilla por cierto, pues todos hemos hecho lo mismo con arena ó con nieve en los alegres tiempos de nuestra niñez. Pero lo que había llamado la atención de M. Preval, era el carácter original y grandioso de la arquitectura de aquel puente, así como la gracia, la ligereza y al mismo tiempo la osadía de sus arcos, que ascendían á siete ú ocho: había efectivamente en aquella débil obra todos los indicios de una concepción rica y de una gran prevision, la práctica admirablemente unida á la mas sabia teoría. M. Preval estaba admirado, pues conjeturaba la edad del niño, y al mismo tiempo dirigía sus miradas á los harapos que le cubrían. Se acercó pues á él, y tocándole suavemente en el hombro, le preguntó:

— ¿Quién te ha enseñado á hacer un puente como ese, amiguito?

El niño levantó la cabeza, y le contestó con cierta altivez:

— Nadie, caballero, acabo de imaginarlo ahora mismo.

— Pero sin duda habrás construido otros antes de ahora, y sin duda los ensayos anteriores te han servido para esa última obra.

— No lo creais. Me ocurre una idea, al punto pongo manos á la obra y la ejecuto sin descansar, pues no me gusta empezar dos veces una misma cosa: lo que hago cuando encuentro arena, es construir puentes, así como edificar casas, si tengo piedras á mi disposición. Ahí estais viendo la que he levantado antes de dar principio á mi puente.

M. Preval miró hácia el lado que le designaba el niño, y no se maravilló ménos al observar su segundo prodigio. Esto no obstante, se permitió hacer varias observaciones críticas, preguntando al pígeo arquitecto cómo era posible, con la distribución que había dado á la obra, establecer viviendas ó pisos para diferentes familias.

— ¡Viviendas! repuso con viveza el niño, mostrando una indignación que sentaba perfectamente á su picaresco y lindo rostro; ¿por ventura construyo casas para particulares? Tened entendido, caballero, que yo no fabrico mas que palacios.

— Perdonad, señor artista, respondióle sonriéndose M. Preval, pues no ha sido mi intención ofenderos en lo mas mínimo: creia que veinte años de estudios y de experiencia me daban algun derecho para manifestar mis opiniones.

— ¿Con qué sois arquitecto, caballero?

— Sí.

— Sois un hombre dichoso; por mi parte nunca alcanzaré esa felicidad.

— ¿Porqué?

— Porqué mis padres han muerto, y porque mi tia, que á duras penas puede ganar para comer, espera con impaciencia el día en que pueda yo comulgar para hacerme sentar plaza de grumete en la marina real.

— ¿Cómo te llamas?

— Víctor L...

— Pues bien, Víctor: ¿qué dirias si yo te propusiera que vinieses á vivir conmigo y á estudiar bajo mi direccion la arquitectura?

— Aceptaría la proposición al momento, y no os arrepentirais de habérmela hecho, porque os querria mucho y seria un buen discípulo.

— Llévame, pues, sin perder tiempo, á casa de tu tia.

Víctor, sin embargo, no se atrevia á moverse, é imaginándose que M. Preval queria burlarse de él, le miraba con desconfianza.

— ¿Qué aguardas? ¿No ves que te hablo con formalidad?

Y como el tono de M. Preval no admitia la menor duda, Víctor echó á andar arrojando al aire el gorrillo de lana que cubria su cabeza, para dar á entender el júbilo que embargaba sus sentidos. Despues de mil vueltas y revueltas llegaron por fin al punto á que ambos se encaminaban.

Para arreglar un negocio que convenia á todas las partes, no se necesitaba gastar mucha elocuencia ni demasiado tiempo; cinco minutos bastaron á M. Preval para instruir á la tia de sus intenciones, y obtener el consentimiento de la misma: en cuanto á Víctor, abrazaba á los dos, ofreciendo á su bienhechor serle sumiso y adicto como á un padre, y á la buena anciana, hacer pronto fortuna para aliviarla en los últimos días de su vida: mas como no era probable que la fortuna de su sobrino llegase á tiempo, por mucho que él se apresurase á adquirirla, M. Preval adelantó, con el señalamiento de una pensión, la generosa promesa de su protegido.

Víctor se instaló desde entónces en casa de M. Preval, quién, muy lejos de arrepentirse de lo que había hecho, tuvo diariamente nuevos motivos para aplaudir su elección.

Nuestro jóven constructor de puentes de arena llegó á ser en poco tiempo uno de los mas aventajados discípulos del célebre arquitecto, y justificó la predilección de su maestro, no solo por el rápido desarrollo de sus facultades, sino manifestando hácia él los mismos sen-

timientos de afecto que un padre hubiera podido desear en el corazón de su hijo.

Diez años transcurrieron, durante los cuales no desmintió Víctor un solo instante las esperanzas que había hecho concebir: ayudaba á M. Preval en todos sus trabajos, y le suplía muchas veces en los de mayor importancia; inspiraba la misma confianza que su maestro, y aun en ciertas ocasiones era preferido á él, porque revelaba, merced á su juventud, una actividad y una osadía de concepción, que la edad comenzaba á apagar en M. Preval. La dulzura y franqueza de su carácter, su alegría constante y comunicativa, su gratitud y su modestia, no contribuyeron ménos que su talento á conquistarle amigos y protectores: podía á la edad de veintidos años lanzarse sin temeridad en su carrera, y todo hacia creer que esta hubiera sido para él rápida y brillante; pero unido á M. Preval por los lazos de un agradecimiento sin límites, fundaba su dicha en que redundase para la gloria de su maestro el talento que debía á sus beneficios, y no le ocurrió el pensamiento de que debía explotarlo en provecho de su propia reputación.

Pero de pronto, y sin causa aparente, se obró un gran cambio en la conducta y en las maneras de Víctor: su celo se convirtió en desaliento, y su actividad en indolencia: era el alma de todos los placeres y de todas las fiestas de la casa, y se le vió sombrío y taciturno buscar con empeño la soledad; una palidez prematura reemplazó en sus frescas mejillas el brillante y pronunciado color de la salud: en una palabra, se observaron en él todos los síntomas de una profunda alteración física y moral. Vivamente alarmado su maestro, le interrogó muchas veces, mas no pudo obtener una respuesta satisfactoria. Tan rápida mudanza procedía, sin la menor duda, de una afección moral, y esta debía ser tambien muy poderosa, para haber producido una desorganización tan terrible y tan pronta; pero ¿cómo se había de conocer su naturaleza y su origen? M. Preval se perdía en conjeturas, y nada podía comprender; tampoco le era dado resolverse á dejar que se agotase en flor aquel discípulo, á quien amaba como á un hijo. Decidido, pues, á arrancarle la confesión de su secreto, para salvarle despues á cualquier precio, entró una mañana á la habitación de Víctor, y se preparó á emplear todos los medios, desde la blandura hasta la severidad, desde el ruego hasta la amenaza. Víctor, sin embargo, no se hallaba en su cuarto, y su cama intacta daba á entender claramente que no había dormido el jóven en casa. Sorprendido M. Preval, buscaba la explicación de aquel misterio, cuando llamó su atención una carta que vió sobre la chimenea con sobre para él.

Abrióla al punto, y leyó en ella lo siguiente:

« Bienhechor mio: he gastado todas mis fuerzas luchando contra un sentimiento que me es imposible dominar; permanecer en vuestra casa un día mas, seria condenarme á morir, pues no podría soportar la vista incesante de un tesoro, cuya posesión no me es permitido aspirar... ¡Oh! nunca puede ni debe pertenecerme, pues lo estimais demasiado para confiarlo á este infeliz, á quien vuestra caridad sacó de la miseria, y para pensar en robárselo, siento que la gratitud habla con mucha elocuencia en mi corazón. Adios pues; no me acuseis de ingratitud, y si alguna vez os dignais pensar en mí, pedid al cielo que me conceda fuerzas de trabajar para ver si en la gloria encuentro un lenitivo á mi dolor. »

El misterio estaba ya explicado, y nuestros lectores lo comprenderán perfectamente cuando sepan que M. Preval tenía una hija de diez y ocho años, y que Matilde (este era su nombre) se hallaba tan felizmente dotada por la naturaleza, que no se sabia qué admirar mas en ella, si su hermosura ó su bondad, si su talento ó su modestia.

— ¡Qué cabeza! exclamó el anciano despues que acabó de leer la carta de Víctor; pero ¡qué honradez y qué lealtad! Bien merecia lo que he hecho por él.

Despues de varias pesquisas descubrió que el jóven arquitecto había marchado á Italia; pero le fué imposible averiguar en qué población había fijado su residencia.

— Vamos, pensó al fin, si alguna cosa puede dulcificar su pena, es seguramente el espectáculo de las maravillas esparcidas en esa tierra clásica de las bellas artes. ¡Quiera el cielo que pronto encuentre en ella su alivio, porque nunca he conocido tanto como ahora lo mucho que le quiero, y me es insoportable la idea de su ausencia.

Seis meses poco mas ó ménos habria que Víctor se había expatriado, cuando se presentó un excelente partido para Matilde: lord Derby, hijo de un par de Inglaterra, la vió en un baile, y quedó prendado de sus gracias: ocho días despues fué á pedir en persona á M. Preval la mano de su hija. Aquella gran conveniencia hubiera sobrepujado los deseos y las previsiones de otro padre, aun mas ambicioso que M. Preval; este pues quedó encantado con la propuesta, y se apresuró á participar á Matilde el inesperado favor que le deparraba la fortuna. Pero con la mayor sorpresa vió que ella le escuchaba sin manifestar la mas pequeña emoción, y que le contestó con acento decidido, aunque respetuoso:

— Padre mio, os agradezco en el alma ese placer que os inspira un suceso en el cual fundais mi felicidad futura, y creed que siento muchísimo no participar de vuestra misma opinión en esta circunstancia. Con todo, si exigis que acepte la oferta de lord Derby, estoy pron-

ta á obedeceros; pero permitidme ántes que os recuerde una promesa que me habeis hecho.

— ¿Cuál, hija mia? preguntó M. Preval, cada vez mas admirado.

— La de consultar mi inclinación, y no emplear vuestra autoridad para obligarme al cumplimiento de un acto tan importante para mí, como es el matrimonio.

— Y seré esclavo de esa promesa, hija mia, pues lo que principalmente deseo es que seas feliz. Te confieso, no obstante, que al ofrecer ante tus ojos un porvenir tan magnífico, estaba muy lejos de preveer tu oposición á él: espero, con todo, que reflexionarás bien, y que tu determinación no será irrevocable.

— Todo lo he reflexionado, padre mio, y puedo aseguráros que no mudaré de modo de pensar.

— Al ménos no te negarás á hacerme saber los motivos, pues por mi parte no veo dificultad posible á la alianza que se nos propone: lord Derby es jóven, de buena presencia y de una fisonomía tan agradable como distinguida; su fortuna es inmensa, y su rango tan elevado, que si él no hubiera sido el primero en distinguirme, nunca nos hubieramos nosotros atrevido á aspirar al honor de pertenecer á su familia.

— Efectivamente, padre mio, si yo pudiera ser dichosa satisfaciendo mi amor propio ó mi ambición, no dudaria un momento en conformar mis deseos con los vuestros; pero ¿qué importa que contentemos nuestras ambiciones y nuestro amor propio, si queda un vacío en nuestro corazón?

— Ya lo comprendo; no amas á lord Derby, y no lo extraño, hija mia, supuesto que apenas lo conoces. Así pues, tranquilízate, pues no deseo llegar á una conclusión violenta: tendrás todo el tiempo que quieras para observar á ese jóven inglés, y estoy persuadido de que haciéndose apreciar, no tardará en triunfar de tu indiferencia.

— Nunca, padre mio.

— ¿Has hecho por ventura otra elección?

— Sí, padre mio.

— ¿Y esa elección es un secreto para mí? ¿No merezco ya tu confianza?

— Padre mio, no me preguntéis mas, os lo suplico, pues os afligiriais mas: el que amo no tiene posición ni fortuna; y aun cuando quisierais tenderle vuestra mano para elevarle hasta vos, no por eso seria mas feliz, porque él... no me ama... ¡Oh! no... no... Si me amase, no se hubiera ausentado, ni nos ocultaria el lugar de su retiro.

Estas palabras de Matilde fueron un rayo de luz para M. Preval, y juzgó prudente romper una conversacion que en ningun caso podia conducir á un resultado satisfactorio. Lo único que hizo fué prometer á su hija no volver á hablarla de casamiento, ni con lord Derby ni con otro alguno: Matilde le dió las gracias con los mas vivos trasportes de reconocimiento, protestando que su único deseo era no separarse de su lado y dedicarle exclusivamente sus pensamientos y su cariño.

Dos años despues todo había variado en casa de M. Preval; ya no se veían lujosas habitaciones ni numerosos criados; tampoco el antiguo boato, las recepciones ni la magnificencia, el movimiento y la animación que produce la riqueza: el anciano y su hija ocupaban una modesta vivienda, cuyos muebles eran únicamente notables por su extremada sencillez; sus servidores se reducían á una mujer, que se empleaba en los quehaceres de la casa, y raras eran las visitas que recibían: los amigos poseen una sensibilidad exquisita, pues huyen del espectáculo de la miseria que acosa á los mismos á quienes incensaron en la opulencia.

M. Preval estaba enteramente arruinado, pues la quiebra de un notario había hecho desaparecer toda su fortuna: por otra parte su edad no le permitia ya trabajar para poner remedio á aquel desastre, y hacia ya mas de un año que había dejado de ejercer su profesión. Se hubiera visto por consiguiente sin recursos, si el gobierno, teniendo en consideración sus largos y buenos servicios, no le hubiera señalado como premio una módica pensión.

El padre y la hija, ya que no enteramente dichosos como en los días de su esplendor, consolados al ménos por su mutuo afecto, vivían, por decirlo así, solitarios, cuando cierto día les anunciaron la visita de un desconocido. Al mismo tiempo un gallardo jóven, de unos veinticinco años, condecorado con muchas cruces de gobiernos extranjeros, se presentó en la entrada de la salita en que M. Preval dividía con su hija una comida frugal. Matilde se ruborizó y se puso pálida.

— ¡El señor Víctor! exclamó con una turbación inexplicable.

— ¡Víctor, mi querido Víctor! dijo M. Preval estrechando contra su pecho al jóven, que desde luego se había precipitado en sus brazos.

— Sí, mi bienhechor, mi padre... sí, soy yo mismo. He sabido vuestras desgracias y he volado á ponerlas término, supuesto que al presente soy rico y tengo una posición. Varios trabajos ejecutados en Italia, por inspiración de vuestros preceptos, me han granjeado la protección de un príncipe amigo de las artes; su mano liberal me ha prodigado títulos, riquezas y todas las recompensas imaginables, para alentar mis esfuerzos y allegarme á su persona. Venid pues conmigo; venid á tomar posesión de una fortuna que os pertenece, supuesto que es obra vuestra.

— Dios no permita, amigo mio, le contestó M. Preval, que yo abuse de esa noble prueba de tu gratitud. Prosigue sin estorbos la carrera que has comenzado con tanta brillantez, seguro de que tus triunfos constituirán mi orgullo y mi mas dulce recompensa: nos inspiras

tanto á mi hija como á mí un interés demasiado sincero para aceptar tu oferta, exponiéndote á comprometer tu porvenir.

— ¡Mi porvenir! El único que anhelo es el de vuestra felicidad. ¿Temeis comprometerlo acompañándome? ¡Ah! si quisierais y el corazón de esta señorita no se opusiese, podríais, por el contrario, asegurármelo; porque el amor que me obligó á huir, se ha aumentado duplicando mi energía y mis fuerzas; porque á él debo el haber adquirido un nombre, y solo he deseado y he obtenido este nombre, para tener el derecho de poderos decir, al ofrecéroslo: ¿Lo considerais digno de que lo lleve vuestra hija?

— Víctor, repuso M. Preval con ternura, hace tres años que eras un joven desconocido y pobre; alejándote de mi lado te mostraste generoso. Hoy son patrimonio mio la oscuridad y la miseria: debo ¿mostrarme menos generoso que tú?

— Padre mio, no os corresponde negaros á mi solicitud, replicó Víctor. Espero vuestra contestación, señorita, añadió dirigiendo á Matilde una mirada de suplica.

— Acepto, dijo Matilde ofreciéndole su mano: sí, señor Víctor, acepto... y sin el menor escrúpulo, padre mio, prosiguió sonriéndose hácia M. Preval, porque del mismo modo hubiera aceptado hace tres años, si él hubiera tenido en nosotros la suficiente confianza para revelarnos su secreto.

Después de esta confesión de su hija, no era posible que M. Preval se negase por más tiempo; consintió pues en todo, y con tanto mayor gusto, cuanto que aquella unión era interiormente el más constante deseo de su alma desde que conocía los sentimientos de Matilde.

El matrimonio de estos jóvenes se celebró de allí á poco, y al salir de la iglesia dijo Víctor á su suegro, mirando con orgullo á Matilde:

— Lo cierto y positivo es que por un puente de arena he llegado á conquistar ese precioso tesoro.

### Máxima.

Proposición general que contiene una verdad práctica. Pondremos aquí algunos ejemplos.

I. No se debe dejar crecer yerba en el camino de la amistad.

II. Tres cosas arrojan á la calle á las mujeres: el tiempo, la salud y el dinero.

III. No des consejo á quien no te lo pida, ni reprendas á quien lo merezca, ni diviertas al que se enfada.

IV. No alabes nunca á las gentes que estimas, sino en general, y jamás en particular.

### Descubrimiento de las tumbas del Apis en Saccara, en el Egipto.

El haber hallado estas tumbas con sus magníficos sarcófagos, es quizás el mayor descubrimiento en el dominio de la antigüedad del Egipto que desde el tiempo del emperador Belzoni se ha hecho. Fueron descubiertas en el desierto y en las inmediaciones de Saccara por la parte Noroeste, y próximas á las Pirámides, á unas cuatro ó cinco leguas del Cairo pasando por Zoura, en cuyo último punto tiene que atravesar el Nilo. Débese este descubrimiento á la erudición y á las esmeradas investigaciones del francés Mariette. Una cita de Estrabon le había inducido á la consecuencia de que una fila de esfinges conducía al templo del Serapis, y principió hace dos años y medio, y bajo la salvaguardia de un firman del virey de Egipto, sus investigaciones en las colinas de arena movediza de Saccara. Descubrió una doble fila de esfinges, habiendo el señor Marucchi hallado ya en 1832 á una de estas últimas; pero como estas no corrían en dirección recta, sino que se inclinaban de repente hácia un lado y la entrada del Serapio, solo pudieron en su consecuencia encontrarse con la mayor dificultad. Eran en número de ciento cuarenta, y distaban diez y seis pies la una de la otra, midiendo toda la galería de las esfinges una longitud de ciento veinte pies. En el extremo de la misma se hallaban colocadas las estatuas de Homero, Píndaro, Solon, Licurgo, Aristóteles y de otros autores, poetas y legisladores de la Grecia. Una esfinge en la cual se hallaba grabado el nombre de Apis, solo pudo encontrarse en una profundidad de sesenta á setenta pies en la arena; también se descubrieron pavos reales de piedra de nueve pies de altura y leones colosales. Las investigaciones más escrupulosas se hicieron para hallar la tumba del Apis, del buey sagrado y adorado en Memfis (que según muriera ó fuera matado se enterraba solemnemente en el Serapio ó en secreto), lo cual se logró al cabo de un trabajo de un año, el 12 de noviembre de 1834.

Desde la galería de las esfinges conducía una mástaba ó un banco y un pasaje de unos doscientos pies de longitud á la cueva de las columnas que formaba la entrada del templo. La tumba arriba indicada tiene una dirección de Sur á Norte, y la gran galería de Este á Oeste, teniendo esta última una longitud de más de quinientas veinte varas con cuatro á cinco de anchura. Según puede verse por el plano, las cámaras mortuorias no seguían en toda la longitud de la gran galería, y había pasillos que ni siquiera las tenían. Las inscrip-

ciones jeroglíficas son en parte incompletas, en parte del todo ininteligibles; las puertas de las entradas son demasiado estrechas para que hubieran podido permitir el paso á los sarcófagos, y deben por lo tanto haberse hecho después de haber sido introducidos estos. Las cámaras no se hallan frente a la una de la otra, sino más bien alternando según era costumbre en los cementerios egipcios. El aspecto de esta larga galería cuando esté alumbrada por numerosas hachas de viento, y los lejanos objetos se pierdan en la oscuridad, los sarcófagos de granito macizo y pulido, teniendo cada uno su cámara correspondiente: en fin, todo el conjunto rodeado del solemne silencio que reina aquí, causa una impresión particular. Los sarcófagos son de un tamaño y peso considerables; el uno, y no el más pesado por cierto, ha sido tasado en más de mil doscientos quintales inclusa la tapa. Para haberlos podido trasladar al sitio donde estaban destinados, han tenido que emplearse indispensablemente medios mecánicos auxiliares, y un inmenso desarrollo de fuerzas. En las paredes se hallan aplicados agujeros, probablemente para introducir en ellos vigas.

Las cámaras habrán estado quizás llenas de arena, y los sarcófagos habrán sido introducidos en ellas á empujones, y se habrán ido hundiendo á medida de que se quitara la arena. La parte inferior de uno de estos sarcófagos estaba redondeada, y este descansaba en ambos lados sobre tajos de madera; así que se quitaban estos, se podía poner al sarcófago con la mano en un movimiento ondulante. Por el centro de toda la galería corría un canal de unos dos pies de anchura con dos ó tres pulgadas de profundidad. Inmediato á las tumbas se encontró una palanca de madera que probablemente había servido para el transporte de las piedras. La entrada era algo pendiente. Las tumbas están cavadas en una blanda piedra caliza de fácil descomposición, que contiene numerosas vetas de yeso de media pulgada de ancho. Para evitar el que las paredes se descascarasen, se las había cubierto de losas unidas entre sí por una argamasa de yeso; pero sea por efecto del tiempo ó de cualquier otra causa, el caso es que aquellas yacían amontonadas y arruinadas en el suelo de las cámaras y de la galería. La argamasa se había conservado en varias partes de la pared, y sobresalía en aquellas donde habían existido las juntas de las losas. En una cámara se hallaba un arco sin soportes, una nueva prueba si aun se necesitaban para demostrar que esta clase de construcciones ya era conocida de los antiguos. Esta misma cámara contenía un pequeño sarcófago, en el cual se hallarían sin duda encerrados los huesos de un buey joven.

En varios sarcófagos se encontraron los huesos de bueyes, pero todos habían sido abiertos y hasta algunos llenos de piedras, lo que da indicios del desprecio de los pueblos meridionales hácia estas costumbres, y puede ser obra quizás de los persas. En la entrada había numerosas ofrendas con tablicas inscritas sobre estrechos nichos en la pared. Igualmente se descubrieron en las entradas y en la puerta exterior inscripciones en caracteres demótico. En algunas cámaras se hallaban espaciosos nichos á la derecha ó izquierda de la tumba, conteniendo uno de estos una gran losa de granito con jeroglíficos. El número de los sarcófagos ya descubiertos asciende á veinticinco. Estas tumbas merecen ser visitadas por todos los arqueólogos, y en general por todos los que viajen en el Egipto, y todos los inteligentes esperan con impaciencia la publicación de la obra que Mariette compone relativamente á estos descubrimientos. Hakekian bey ha mandado verificar excavaciones en unión con investigaciones geológicas del valle del Nilo en Saccara inmediata á Memfis, cuyos trabajos han sido promovidos por M. Leonardo Homer y la sociedad geológica de Londres, habiendo obtenido este señor últimamente del gobierno inglés un documento en acción de gracias por el apoyo que ha prestado tan decididamente á esta empresa, y en el interés de las ciencias.

### Revista de la moda.

SUMARIO. — Ahora las mesas componen música. — Batalla de las mesas del doctor \*\*\* sobre las diversiones actuales en los salones. — Los parisienses sin asilo. — Levasor en busca de una casa. — Del brillante éxito de los burros modernos. — Sacrificio digno de recompensa de un articulista de modas. — Metamorfosis de las levitas en vestidos. — Traje de un elegante del boulevard de los Italianos. — Levita sobre la verdadera elegancia. — Paralelo entre un noble del tiempo de Luis XV y otro del Imperio. — Sobre las chaquetillas y pantalones de campo. — Descripción del figurin, y cuatro palabras sobre los sombreros á la moda.

Si Paris no baila ya y se aburre, las mesas danzan á porfía, y no solo danzan, sino que hablan y cantan. Se habla de una grande ópera que va á representarse en la Academia imperial, escrita por la mesa del compositor Halevy. Los dos primeros actos están ya listos. El director de los teatros imperiales pide la cruz de la Legión de Honor por esta mesa. El pueblo francés, que pasa por el más inteligente del mundo, tiene cosas á veces dignas de los locos. Yo conozco un médico, cuyo nombre podría revelar si fuera necesario, que pretende que todas las noches sus mesas y los demás muebles de su casa arman una algarazca de todos los diablos; parece que se pelean encarnizadamente, de modo que á la otra mañana el doctor halla los muebles pequeños aplastados por los grandes. Este pobre doc-

tor no se acuerda del ilustre Don Quijote, que atacaba los molinos de viento creyendo hallarse frente á frente con un ejército formidable.

Sea como quiera, lo cierto es que hasta los periódicos más formales cuentan cosas tan fabulosas sobre la ciencia electromagnética, que los espíritus débiles y crédulos se quedan naturalmente fascinados.

Más piensa la gente en las mesas que danzan y que hablan, que pensó en las elecciones de la difunta Asamblea legislativa. En los salones se vota en pró y en contra de las mesas y, se hacen apuestas considerables. Esta es la única política que se halla á la orden del día. Suele también de cuando en cuando repetirse el rumor de una próxima guerra, pero nadie cree en esto, aun cuando se trate con gravedad de la cuestión de Oriente.

Lo que es muy positivo, es que Paris ha dejado de ser Paris, y que la mayor parte de sus habitantes se ven obligados á dormir bajo la bóveda del cielo. Como en Francia todo es asunto de risa, se ha hecho con este motivo una revista crítica muy divertida y chistosa en el teatro del Palacio Real, en la cual Levasor cuenta con su gracia ordinaria sus desgracias á causa de las demoliciones.

Pero oigo una voz que me interrumpe, y que me dice:

— Basta ya de preámbulo, señora mia; hable Vd. de fraques y de pantalones, y deje Vd. á J. Janin, el emperador de la crítica, el cuidado de hablar de teatros y á lo que á ellos atañe.

Y no tengo más remedio que callarme y cumplir con mi obligación, cuando pensaba contar la historia de un *Burro sabio* que está alborotando ahora en el teatro de la Puerta San Martín, lo que prueba que los asnos modernos son más apreciados que lo fueron los antiguos.

Pero tengo que entrar en mis pantalones, á pesar de que no los gasto; tengo que sacrificarme por mis lectores; quiera Dios que ellos me lo agradezcan.

Tan pobres están las modas masculinas como las femeninas. No hay absolutamente nada nuevo. Se siguen llevando los largos levitones, lo que es feo hasta dejado de sobra, por lo cual aconsejo á todos los buenos mozos que no tengan jamás la mala idea de echarse encima un manteo semejante. Antes de ayer tarde me hallaba yo sentada en el boulevard de los Italianos tragando el polvo del asfalto y olfateando los exquisitos perfumes de las cocinas subterráneas, cuando ví á un joven rubio y pálido que se paseaba grave y orgullosamente luciendo su traje elegante. Iba vestido del modo siguiente: Pantalón de dos colores, ceniciento claro hasta la rodilla, y oscuro hasta abajo. Levita ancha y larga; chaleco con faldetas redondas, como las de nuestros corpiños femeninos; camisa formando cuadros de batista rizada, separados por un entredos calado; guantes y mangas de camisa, con botones de diamantes, y por último cabellos separados por una raya en medio de la cabeza, y cayendo en bucles á los lados.

Confieso que al verle solté una carejada, y cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo, sobre todo cuando el héroe se daba una importancia de príncipe con su traje.

La verdadera elegancia no puede ser nunca ridícula; solo la vanidad encuentra tales extravagancias.

La uniformidad en el vestir es lo que ha matado la elegancia en Francia, lo mismo que en las demás naciones. Cada clase de la sociedad se avergüenza de lo que es, de modo que reina en el día la más deplorable confusión tanto en las ideas como en las cosas. El progreso no nos ha dado más que el paletó y la levita, sin contar el sombrero negro que tan bien adorna la cabeza del hombre.

¿Cuánta diferencia hay de esto á aquellos trajes antiguos, la casaca llena de oro y de pedrerías, el chaleco bordado, la chorra, las mangas de punto de Alençon, de Malines ó de Inglaterra, y el calzón con cintas de raso!

Hoy el noble no puede distinguirse de los demás sino llevando un traje enteramente fantástico.

Pero el saber entender la fantasía es muy difícil, sobre todo cuando se trata de modas de campo. Para hacer el pastor hay que ser buen mozo, y elegante, y poseer á lo menos cincuenta mil libras de renta. Aquel que reúne estas condiciones puede ponerse la chaquetilla á la inglesa de cotí ó de camelote de hilo. El camelote se prefiere al cotí, y los colores escogidos son el blanco y el verdoso, aunque también se llevan algunos de cuadros con muchos colores.

En cuanto á pantalones se hacen muy pocos lisos, á menos que no sean de cotí blanco; estos se hacen muy anchos, lo que es más conveniente para telas ligeras, que las formas estrechas y mezquinas.

Los trajes de campo y los fraques de cazar son lo que está más á la moda en esta época de vida campestre y de baños.

Hoy damos en nuestro figurin varios trajes de campo, de lo más escogido y aristocrático que hasta el día se ha visto.

La primera figura representa una librea muy lujosa, que es la que llevan los lacayos en las casas grandes. Esta librea se compone de una casaca á la francesa de paño de color, con una sola hilera de botones con faldones redondos. Los adornos se componen de un ancho galon con el bordado de la casa, puesto en el cuello, en las carteras y en las bocamangas, sobre un fondo de terciopelo azul regencia. Las bocamangas deben tener á lo menos diez ó doce centímetros de altura.

El chaleco también á la francesa es de paño naranja, muy largo y un poco abierto por abajo. El calzón es de pana negra, ancho de arriba y muy bien ajustado en la parte de la rodilla, guarnecido por abajo con una liga de galon de oro de veinticinco milímetros. Medias blancas y zapatos con hebillas; sombrero de fieltro negro con un ancho galon de oro.

La segunda figura es la de un niño de siete á ocho años. Su traje es muy precioso. Se compone de una chaquetilla en forma de saco, de paño céfiro lord-Gray, adornado todo al rededor con una ancha cinta mueré azul claro. Su corte es redondo. Solo se pone un botón arriba, sin cuello, con mangas á la Juan Bart, provistas de bocamangas azules del mismo color que la guarnición de la chaquetilla. Chaleco de piqué blanco, largo y cuadrado sobre las caderas.

Pantalón de hilo, ancho y sin trabillas.

La tercera figura representa un hombre de treinta años con un traje de campo de pura fantasía. La casaquilla, el chaleco, el pantalón y los botines son de nankin imperial. La casaquilla no tiene mas que una hilera de botones, y cae recta por delante y por detrás sin dibujar el talle. Las mangas son anchas, con bocamangas redondas, carteras y bolsillos á los lados. El chaleco es á chal, con dos hileras de botones, largo y derecho sobre las caderas, con un cruzado de unos seis centímetros. Pantalón ancho y derecho de piernas, cayendo naturalmente sobre el botín, sin trabillas.

La cuarta figura es la de un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años con un traje mas serio. La chaquetilla es de

coti, con cuadros negros y blancos y dos hileras de botones, sin solapas añadidas. El cuello es regular, el talle largo, los faldones proporcionados, y la manga lleva una buena bocamanga.

Vista por detrás, esta casaquilla indica el talle. Chaleco de piqué gamuza, con algunas florecillas negras sembradas por delante. El género es recto de vestir, y se echan cuatro botones; el largo es proporcionado.

Pantalón de coti blanco, ancho de piernas y sin trabillas.

Para terminar esta revista, que no tiene la menor importancia como modas nuevas, citaré los diferentes géneros de sombreros que mas se llevan. Hay la forma *Losange*; la forma *céfiro*, y el género *Dorsay* perfeccionado, esto es, que por de-

trás y por delante forma algo de pico, lo que sienta muy bien á varias fisonomías. Pero este modelo es muy escéntrico.

Entre los sombreros de campo hay el de *Labrador* de fieltro sin trabajar, de forma redonda y de alas muy anchas, un poco abarquilladas al rededor.

Los colores que mas se llevan son el ceniciento, el castaño, el plateado y el negro.

Después vienen los sombreros de paja con mezcla color de ceniza y amarillo, y amarillo y negro, y luego los de paja de Italia con anchas alas, que no son admisibles sino para paseo en barca ó por los jardines.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

**El Simun.**

Figuraos, lectores, unas playas arenosas, azotadas por las lluvias del invierno, abrasadas por los ardores del estío, de aspecto rojizo y desnudez horrorosa. Solo en algunos parajes se veían algunos nopales espinosos, que cubrían una pequeña parte de aquel arenal ilimitado; y el viento, que se abre paso por entre estos ar-

bustos, no puede encorvar sus inflexibles ramas; los restos de naves petrificadas que se encuentran sembradas en aquellos sitios, pasman la vista; y los montones de piedras que se ven de trecho en trecho, sirven para indicar el camino que han de seguir las caravanas.

» Caminamos todo un día por esta llanura; pasamos

otra cordillera, y descubrimos otra llanura mas vasta y mas desolada aun que la primera.

» Hízose de noche, y la luna salió para alumbrar aquel inmenso desierto: no se descubría mas sombra en aquella soledad, sino la que formaba nuestro dromedario, y la errante de algunas manadas de gacelas; no



interrumpían el silencio mas que el leve rumor que causaban los jabalíes que roían algunas raíces secas, ó el canto del grillo, que reclamaba en vano, en medio de aquel arenal inculto, el hogar del agricultor.

Pusímonos nuevamente en camino ántes de que asomase la luz; y el sol que salió despues, despojado de sus rayos, parecia una rueda de hierro enrojecida, y aumentaba por instantes el calor. Sería como la tercera hora del día, cuando el dromedario empezó á dar algunas señales de inquietud: hundía su narices en la arena, y soplabá con violencia; el avestruz arrojaba de cuando en cuando algunos gemidos lúgubres, y las serpientes y camaleones entraban apresuradamente en las entrañas de la tierra. El guía también parecia amedrentado; yo le ví mirar al cielo y ponerse pálido, y preguntándole la causa de su turbación, me dijo:

«Temo mucho al viento del Mediodía; tratemos de salvarnos.»

Y volviéndose hácia el Norte, se puso á huir con toda la ligereza de su dromedario. Yo le seguí con mi yegua; pero el horrible viento que nos amenazaba, era mas ligero que nosotros.

En esto, levántase de repente un torbellino al ex-

tremo del desierto; ya lo tenemos encima: llévase consigo el terreno que pisamos, mientras que otras columnas de arena, que se forman á nuestras espaldas, pasan sobre nuestras cabezas. Extraviados en medio de un laberinto de terromonteros movibles, y semejantes todos entre sí, me declara el guía que ya no conocía el camino; y por última calamidad, se vaciaban nuestros pellejos de agua con la rapidez de nuestra marcha. Sin aliento, devorados de sed ardiente, y deteniendo todo lo posible nuestro aliento, para no aspirar el fuego abrasador de la atmósfera, pensabamos que habia ya llegado nuestro fin, y el sudor corria á mares por todos nuestros miembros. El huracán redobló todavía su fuerza, penetró hasta la antigua superficie de la tierra, y esparció por el cielo las abrasadas entrañas del arenal. Envueltos en un mar de arenas ardientes, pierdo de vista á mi guía, oigo repentinamente su grito, y vuelo á su socorro: ¡ah! herido el desventurado por el viento abrasador, cayó muerto sobre el polvo, y su dromedario habia desaparecido.

En vano intenté reanimar á mi desgraciado compañero; todos mis esfuerzos fueron vanos, y en esta ansiedad y abandono, fuí á sentarme á alguna distan-

cia, llevando mi caballo por la brida, y sin tener mas esperanza que en aquel que cambió los fuegos y las hornazas de Azarias en un céfiro fresco y en grato rocío. Una acacia, que afortunadamente se encontraba en aquel sitio, me sirvió de abrigo, y guarecido detrás de este frágil muro, esperé el fin de la tempestad. El viento del Norte volvió á tomar su curso hácia el anochecer, el ambiente perdió su ardor, y despejándose la atmósfera de la nube de arena que la cubria, pude ver ya las estrellas, que solo sirvieron para mostrarme con su fulgor la inmensidad del desierto.

Todas las señales que servian de guía á los caminantes, y todas las sendas, habian desaparecido. Por donde quiera los vientos habian formado otros paisajes de arena, y presentaban aspectos enteramente nuevos. Muerta de hambre, de sed y cansancio, no podia ya mi yegua soportar el peso de mi cuerpo, y se tendió moribunda á mis piés. La noche fué terrible, y el día que amaneció á mis piés, solo vino á aumentar mi suplicio: el ardor del sol me quitó las pocas fuerzas que aun tenia: procuré dar algunos pasos; pero luego, en la imposibilidad de ir mas lejos, metí mi cabeza bajo de una mata, y allí esperé, ó mas bien invoqué la muerte.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

**PARTE LITERARIA ILUSTRADA.**

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujes ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresión sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

**SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.**

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.....	\$ 15 " "
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 13 " "	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.....	\$ 16 " "
— PUERTO RICO (San Juan).....	\$ 12 50 macq.	Un número suelto.....	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO.....	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME.....	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANA.....	\$ 12 75 "	— MÉJICO, VUELTA, ORIZABA, CORDOVA, JALAPA.....	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.....	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).....	\$ 14 " "	Un número suelto.....	3 1/2 rs. fs.